

el tran de Napolitano

1186

GALERIA DRAMATICA.

.COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

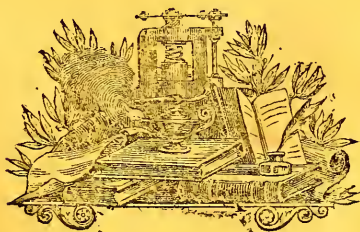
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DE ESTRANJERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



16

Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
 Un tercero en discordia
 Un novio para la niña.
 Otro diablo predicador.
 Me voy de Madrid.
 La redaccion de un periódico.
 Las improvisaciones.
 Una de tantas.
 Muérete y verás.
 El amigo mártir.
 Todo es farsa en este mundo.
 D. Fernando el emplazado.
 Medidas extraordinarias.
 El poeta y la beneficiada.
 Ella es él.
 El pró y el contra.
 El hombre gordo.
 Flaquezas ministeriales.
 El hombre pacífico.
 El qué dirán.
 Un día de campo.
 El novio y el concierto.
 No ganamos para sustos.
 Bellido Dolfos.
 ¡Una vieja!
 El pelo de la dehesa.
 Lances de carnaval.
 Pruebas de amor conyugal.
 El cuarto de hora.
 La ponchada.
 El plan de un drama.
 Dios los cria y ellos se juntan.
 Cuentas atrasadas.
 Mi secretario y yo.
 ¡Qué hombre tan amable!
 Los hijos de Eduardo.
 Engañar con la verdad.
 Los primeros amores.
 A la zorra candilazo.
 El amante prestado.
 Un pasco á Bedlan.
 Mi tío el jorobado.
 La familia del boticario.
 El segundo año.
 La loca fingida.
 No mas muchachos.
 Mi empleo y mi muger.
 La primera leccion de amor.
 Lo vivo y lo pintado.
 La pluma prodigiosa.
 La Batelera de Pasages.
 La mansion del crimen.
 La escuela de las casadas.
 El Editor responsable.
 ¡Estaba de Dios!
 Blanca de Forbon.
 Carlos II el hechizado.

Rodrigo.
 Carlos V en Ajofrin.
 Cuidado con las novias.
 Un monarca y su privado.
 El día mas feliz de la vida.
 El vigilante.
 La escuela de los viejos.
 El vaso de agua.
 Un casamiento sin amor.
 Matilde.
 D. Trifon.
 Masaniello.
 Atrás!
 Guzman el bueno.
 El amigo en candelero.
 El Trovador.
 El page.
 El rey monje.
 Magdalena.
 El bastardo.
 Samuel.
 Bandolo.
 El encubierto de Valencia.
 Batilde ó América libre.
 Margarita de Borgoña.
 La pandilla.
 D. Juan de Marana.
 Calígula.
 Zaida.
 Juan de Suavia.
 El caballero leal.
 El premio del vencedor.
 Gabriel.
 Las bodas de Doña Sancha.
 Los amantes de Teruel.
 Doña Mencia.
 La redoma encantada.
 La visionaria.
 Los polvos de la madre Celestina.
 El amo criado.
 Ernesto.
 El barbero de Sevilla.
 Alfonso el Casto.
 Primero yo.
 El abuelito.
 El Bachiller Mendárias.
 Macias.
 No mas mostrador.
 Roberto Dillon.
 Felipe.
 Un desafio.
 Arte de conspirar.
 Partir á tiempo.
 Un amor ó la muerte.
 D. Juan de Austria.
 D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
 Tanto vales cuanto tienes.

El desengaño en un
 Mas vale llegar á tie
 Ganar perdiendo.
 Cada cual con su raze
 Lealtad de una muger
 El zapatero y el rey
 Apoteosis de Caldero
 El zapatero y el rey,
 El eco del torrente.
 Los dos vireyes.
 La corte del Buen-R
 Bárbara Blomberg.
 D. Jaime el conquist
 Higuamota.
 La aurora de Colon.
 El conde D. Julian.
 Cerdan, justicia de A
 Contigo pan y ceboll
 Tal para cual.
 Las costumbres de ar
 El jugador.
 Del mal el menos.
 Toros y cañas.
 Quien mas pone pierd
 Rivera.
 El rigor de las desdic
 Las simpatías.
 El diablo cojuelo.
 Las ventas de Cárden
 Dos validos.
 La tumba salvada.
 El Tasso.
 Acertar errando.
 Hacerse amar con pe
 Shakespeare enamora
 Máscara reconciliado
 El testamento.
 El gastrónomo sin din
 Miguel y Cristina.
 La vuelta de Estanis
 Las capas.
 Un ministro!!!
 Quiero ser cómico.
 El ambicioso.
 Marino Faliero.
 El marido de mi mug
 Jacobo II.
 El rey se divierte.
 La muger de un artis
 La segunda dama due
 Un alma de artista.
 Una ausencia.
 Mateo.
 Amor de madre.
 El honor español.
 La sociedad de los tre
 Los perros del mon

BELTRAN EL NAPOLITANO.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

escrito en francés

POR Mr. FEDERICO SOULIÉ,

Y TRADUCIDO

POR DON ISIDORO GIL.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Abril de 1844.

PERSONAS.

BELTRAN.

ANDRÉS.

LORD MORTON.

JORGE.

PEDRO.

RUFFI.

JOB.


LEONOR FONSECA PIMENTEL.

LADY MELTON.

CATALINA.

Nápoles: año 1798.

Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Peto primero.

Una plaza: á la izquierda del espectador la puerta de un palacio; á la derecha lo mismo.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, tendido delante de la puerta de la derecha.
Entran LORD MORTON y JORGE, por distintos lados:
ambos embozados en sus capas.

Morton. Vaya! por fin encuentro alguien (*Reparando en Jorge.*) que... Amigo, me daríais las señas del palacio del embajador inglés?

Pedro. Hola! qué es esto? (*Aparte incorporándose.*)

Jorge. Del embajador inglés...! yo creí que habia partido de Nápoles.

Morton. Eso es imposible; lord Melton no ha debido abandonar su puesto.

Jorge. Pues habrá hecho mal en no abandonarlo, porque si los franceses, como es probable, entran hoy en la ciudad, tendrán derecho de retener en calidad de prisionero al embajador de una potencia enemiga.

Morton. Caballero, os pido me disimuleis el tono con que al principio os he hablado; y que lord Melton haya ó no hecho lo que decís, que haya ó no partido, yo os agradecería muchísimo me indicáseis su morada.

Jorge. Lo siento, caballero, pero cuando os he encontrado andaba buscando tambien quien me enseñara mi camino.

Morton. Segun eso no sois de Nápoles?

Jorge. Ni vos tampoco, á lo que veo.

Pedro. Levantémonos; aqui hay algo que ganar. (*Levantándose.*)

Morton. En ese caso, os saludo, caballero.

Jorge. Id con Dios.

(*Pedro se acerca á ellos cantando.*)

Pedro. Los macarrones
con poco queso...

Jorge. Ah! este es por fuerza del pais y podrá guiarme...

Pedro. (*Cantando.*) Y despues de eso
dormir al sol...

Morton. Calla, un Lazzaron! este me sacará del apuro.

Jorge. Eh! amigo!

Morton. Oye! perillan!

Pedro. Amigo...! perillan...! Este es un (*Señalando á Jorge.*) cualquiera... Y este, un (*Señalando á Morton.*) príncipe. En qué puedo serviros, excelencia?

Morton. En dónde está el palacio de la embajada inglesa?

Pedro. El palacio de la embajada inglesa... Pues friolera es...! si os hallais á una milla distante, lo menos.

Morton. Eso es mentira... Yo sé que no está lejos de la iglesia de San Pedro, y aunque hace mas de 25 años que no la he visto, sin embargo la he reconocido al momento.

Pedro. Ah! pues entonces podeis buscarlo vos mismo... Vamos al otro. (*A Jorge.*) Qué desea V. A.?

Jorge. Sabes la casa de la señora Leonor Pimentel?

Morton. Leonor Pimentel! (*Aparte.*)

Pedro. Yo lo creo... pero primero hay que atravesar toda la ciudad.

Jorge. Mientes, porque yo sé que está enfrente del palacio de la embajada inglesa; y ese caballero acaba de decir que el palacio se halla por aqui cerca.

Pedro. Pues entonces, el diablo os guie!

Morton. No, yo creo que serás tú... y esto me parece que acortará las distancias. (*Dale una moneda.*)

Pedro. Una guinea...! Oh! es un Par de Inglaterra.

Jorge. Toma... á ver si encuentras un camino mas corto. (*Idem.*)

Pedro. Cinco francos...! el gorro (*Con desprecio.*) de la libertad...! oficial francés por fuerza.

Morton. Vamos, anda.

Jorge. Ea, ya te sigo.

Pedro. Es inútil, caballeros. (*Señalando las segundas puertas de derecha é izquierda.*) Ese es el palacio de lord Melton, y ese otro el de la señora Pimentel.

Morton. Bribon!

Jorge. Tunante!

Pedro. Qué quereis, señores...! Tengo muger y ocho hijos.

Morton. Vuelvo pues á ver á Clara... Quién me hubiera dicho que debia encontrar aqui de marquesa y embajadora á la muger á quien seis años há dejé escapar de mi buque?

Jorge. Voy á conocer por fin á Leonor. (*Llaman.*)

Una voz. Quién?

Morton. Lord Morton! Gracias al cielo!

Otra voz. Quién es?

Jorge. El comandante Jorge.

Voz. Entrad, que os aguardan. (*Éntranse cada uno por su puerta.*)

ESCENA II.

PEDRO. BELTRAN, corriendo á la puerta de LEONOR, que vuelve á cerrarse.

Beltran. Pedro, quién ha entrado ahí?

Pedro. En dónde?

Beltran. En casa de la señora Pimentel.

Pedro. Un jóven.

Beltran. Un jóven...! no puede ser!

Pedro. Toma...! y por qué no?

Beltran. Por qué no...? porque... porque es imposible.

Pedro. (*Levantándose en un banco de piedra, al lado de la puerta de lord Melton.*) Ba! ba! ba!

Beltran. Nada...! (*Aplicando el oido á la puerta de Leonor.*) No oigo nada... Un jóven, dices? y le conoces, Pedro...? Tú conoces á todo Nápoles.

Pedro. Pues á ese no le conozco.

Beltran. Cuánto te ha dado para que calles?

Pedro. Para que calle, nada; pero me ha dado este escudo francés para que le enseñase la casa de la señora Pimentel.

Beltran. Segun eso no la conocia?

Pedro. La casa, no; pero á la señora lo ignoro.

Beltran. No importa...! no sabia la casa...! no puede ser un amante.

Pedro. Ignoro si es amante; lo que sí sé, es que habia cita: porque cuando ha dicho su nombre, le han respondido: entrad, que os aguardan.

Beltran. Una cita...! un jóven...! Ah! no me apartaré de aqui hasta que le haya visto salir. (*Siéntase en el banco de piedra de la casa de Leonor.*)

Pedro. Si hubieras estado toda la noche tendido junto á esa puerta, como acostumbras, le habrias visto entrar, y á estas horas ya habrias concluido tu centinela.

Beltran. No lo habria visto, Pedro, porque te juro que no habria entrado.

Pedro. Qué diantre! Beltran...! parece imposible que el mayor holgazan de Nápoles, y el mas alegre cantor de la playa, se haya vuelto tan feroz y de genio tan sombrío de algun tiempo á esta parte! Figuróseme al principio que el consejo de Estado, que gobierna el reino en ausencia del rey, te habia comisionado para vigilar á la señora Pimentel, rival tuya en la poesía y alma de todos los complots republicanos; pero al verte tan dispuesto á despachar á sus visitadores nocturnos sin informarte de si es un galan ó un emisario francés, empiezo á creer...

Beltran. Un emisario francés...! tienes razon, Pedro, eso debe de ser... y yo he sido un loco al pensar que Leonor Pimentel, la hermosura, la virtud, el genio, podia empañar de esta suerte la aureola de gloria y de pureza que la corona.

Pedro. Cuidado, Beltran, que empiezas á improvisar...

Beltran. Te digo que es un emisario francés. (Ah! ojalá sea verdad!)

Pedro. En ese caso, no la arriendo la ganancia... porque si no pierde su reputacion, perderá su cabeza.

Beltran. Y quién osaría tocar á Leonor, honra, prez y gloria de la Italia?

Pedro. Que vuelves á improvisar, Beltran... El consejo de Estado ha hecho cortar cabezas que sustentaban coronas ducales que valian tanto como las coronas académicas de la señora Leonor... Los franceses no estan aun en Nápoles.

Beltran. Pero estarán hoy, porque se han suspendido las

hostilidades, y el consejo recibe dentro de dos horas á los plenipotenciarios del general francés.

Pedro. No digo que no: sin embargo de que lord Melton, ó por mejor decir lady Melton, no ha salido aun de Nápoles... y sabes muy bien que el consejo de Estado es esclavo del embajador inglés, á quien esclaviza su muger:

Beltran. Tienes razon... (*Levantándose.*) Esa infame muger está todavía aquí... Veo luz en su cuarto...

Pedro. Piano... pianísimo sobre esta materia, Beltran... Yo te dejo admirar en paz á la pedante Leonor... y permítete que tenga cierta idea sobre la embajadora.

Beltran. Tú!

Pedro. Yo...! yo!

Beltran. Y bien mirado, por qué no? Pedro, toma á tu vez la guitarra, vé á sentarte al anochechar al pie de una columna, canta algunas de esas cauciones que reunen en torno del improvisador una multitud silenciosa y estasiada, y acaso de repente descubras una camarera que te hace señas; la seguirás, atravesando mil desiertas calles; te taparán los ojos con un pañuelo; te harán entrar por una puerta secreta; pisarás el pavimento de marmol, las blandas alfombras de un palacio, y de pronto te hallarás en presencia de una beldad soberana que se arrojará en tus brazos como si te amase, y que luego te despedirá diciéndote: no os conozco: jamas os he visto.

Pedro. Bonita historia es esa, Beltran; pero voy á contarte otra que puede ser verdad, si la tuya no es mentira. Anda por ahí un Lazzaron que no es buen mozo como tú, que no canta como tú, acompañándose con su guitarra, y á quien sin embargo esa muger, sabiendo que el feliz preferido no es mas que un charlatan desdeñoso, puede decir en voz baja: "tienes un buen puñal en tu cintura; haz callar á un cierto cantor que habla demasiado..." El Lazzaron es hombre que lo entiende, y cuando haya hecho callar al indiscreto, es muy posible que sea tan dichoso como el improvisador.

Beltran. Eso es cierto, Pedro, y te deseo (*Mirando á casa de Leonor.*) esa felicidad.

Pedro. Me la deseas...? Segun eso no hablabas de tí?

Beltran. Oh! es preciso que yo sepa (*Distraido.*) quién es ese hombre. (*Vuélvese á sentar.*)

Pedro. Toma...! y puede que sea verdad; las mugeres son tan caprichosas, y luego... No sería la primera que hubiera corrido tras de él... y sin ir mas lejos, ahí está su prima la pobre Catalina...

ESCENA III.

DICHOS. JOB, con una maleta.

Job. Loado sea Dios...! Ya estoy por fin en la tierra santa de la pereza y de los placeres; lo he leído en el Manual del viajero, y me he aprendido de memoria aquel pasage que dice: "En Nápoles se pasa la mitad de la vida durmiendo, y la otra mitad cortejando." Oh Nápoles! yo saludo tu sol, tu dulce ambiente, tu mar, tus hijos... Y á vos tambien os saludo, caballero. (*A Pedro, que se le ha acercado.*)

Pedro. Un hombre solo con una maleta...! Bah! si Beltran tiene escrúpulos, haremos por acallárselos... démonos prisa, que el dia se echa encima. (*Entre tanto Job, que se ha estado paseando por la escena mirando al cielo, tropieza con Beltran.*)

Beltran. Oiga, animal...! qué se le ofrece?

Job. Os saludo tambien, caballero... preguntaba por el palacio de la embajada inglesa.

Pedro. Otro...? y quién eres tú para preguntar eso?

Job. Yo soy Job, criado de lord Morton.

Beltran. El almirante Morton está aqui?

Job. Si señor, y vengo á vestir á mi noble señor, conforme á mi deber.

Pedro. Calla...! entonces habrá en esa maleta un uniforme completo de almirante.

Job. Sí señor.

Pedro. Cubierto todo de bordados de oro, del mas superior... (Vale la pena el quitárselo.)

Job. Sí señor, y si quereis decirme en dónde está la embajada, iré á vestir á mi...

Beltran. Y con qué motivo quiere vestirse de gala el señor almirante?

Job. Será sin duda para ir á batirse con los franceses... á no ser que esté convidado á comer en casa de algun amigo. (*Pedro esconde la maleta debajo del banco.*)

ESCENA IV.

DICHOS. EL MARQUES RUFFI.

Ruffi. Pedro! (*Entra muy apresurado.*)

Pedro. Monseñor!

Ruffi. Es preciso que reunas al momento... pero ante todo, no has visto por aqui una especie de criado inglés?

Pedro. Que tiene trazas de tonto, con una maleta? ahí está.

Ruffi. Vuestro amo os está ya aguardando.

Job. Voy al momento... Calla! y mi maleta?

Pedro. Y es verdad; qué habeis hecho de ella, amigo mio?

Ruffi. Vamos... despachaos... que os estan esperando.

Job. Qué he hecho de ella...? la he traído hasta aqui...!

Pedro. Toma! eso ya lo he visto yo, y si vuestro amo os riñe, no teneis mas que llamarle, que yo certificaré...

Job. Pero por fuerza me la han quitado... Por casualidad, me la habriais quitado vos? (*A Beltran.*)

Beltran. Por vida de Satanás! á quién (*Levantándose furioso.*) estás hablando, perro inglés?

Job. Qué es lo que decís contra (*En posicion de boxador.*) los ingleses?

Pedro. Haya paz. Este chico pregunta si has visto su maleta.

Beltran. Sí, he visto que la escondias bajo aquel banco para robársela.

Pedro. Ah! sí, no me acordaba; la puse (*Yendo á buscarla.*) allí, por si pasaba alguno no pisase el noble uniforme de vuestro noble amo.

Job. Gracias, caballero, gracias. Y lo que es ese tuno que me ha llamado...

Beltran. Perro inglés!

Job. Algun dia ó alguna noche me la pagará. (*Éntrase en el palacio de la embajada.*)

Ruffi. Ea, ea...! id de prisa... id de prisa.

Pedro. Tonto, hubieramos partido. (*Bajo á Beltran.*)

Beltran. Como á mí no me gusta partir con nadie, se lo he dado todo.

Pedro. Bah! no importa; algo le (*Mirando á Job.*) pillaré si se queda en Nápoles.

ESCENA V.

DICHOS, *menos* JOB.

Ruffi. Pedro, escucha bien mis instrucciones.

Pedro. Escucho.

Ruffi. Dentro de un momento el almirante Morton, cuya escuadra se ha presentado esta mañana á la vista de Nápoles, va á ir al consejo, que no da audiencia á los plenipotenciarios franceses para tratar de la rendicion de la ciudad hasta dentro de dos horas.

Pedro. Entiendo... quiere decir, que cuando lleguen ya no habrá nada de semejante rendicion, y se tendrán que volver por donde han venido.

Ruffi. Es probable; pero el almirante no creía la cosa tan adelantada, y al decirle lord Melton en qué altura se hallaba el asunto, ha faltado muy poco para que nos abandonase, y lo hubiera hecho, á no haberle yo dicho que las negociaciones del consejo eran contrarias al voto unánime de los habitantes, que querian defenderse á toda costa.

Pedro. Y bien sabeis que es todo al reves, pues si el consejo se decide á capitular, es porque la tropa y el paisanage no quieren rendirse.

Ruffi. Sí, es cierto; las tropas desmoralizadas con la derrota de Macc; la gente que sueña en Nápoles una revolucion igual á la de la Francia, pero nosotros los nobles, vosotros, el verdadero pueblo...

Pedro. Ah! sí, que nos den armas... y vereis.

Ruffi. Se os darán... los buques ingleses os las traen; mas para eso es menester que el almirante se convenza bien de que una parte, al menos, de la poblacion está decidida á combatir hasta el último momento. Para eso pues tienes que reunir aqui á todos tus camaradas, y así que el almirante se presente gritareis: vivan los ingleses! nada de capitulacion! mueran los franceses!

Pedro. Bien, gritaremos: y qué mas?

Ruffi. Le acompañareis siempre gritando hasta el consejo, que reanimado por la venida de la escuadra, exaltado por vuestro entusiasmo, desechará las proposiciones de esos miserables franceses... y entouces...

Beltran. Y entouces qué?

Ruffi. Entonces, infelices de los que los han llamado, de los que desean verlos triunfar, de los que con esos republicanos franceses conspiran contra la libertad de Nápoles!

Pedro. Sí, monseñor, desgraciados de ellos! pues supongo que el consejo será bastante justiciero para entregar sus cabezas á los verdugos y sus casas al saqueo... qué te parece, Beltran?

Beltran. Nada, sino que pienso que cuando hayais arrojado de Nápoles á esos franceses, á quienes odio mas que nadie, y que hoy se venden por amigos, será necesario estorbarles que entren como enemigos.

Ruffi. Lo que es eso queda á nuestro cargo... con que Pedro, despacharse... porque el almirante va á salir al momento para el consejo.

Pedro. Monseñor, yo iré tan de prisa como querais... pero para gritar con toda nuestra alma, es preciso tener la garganta espedita y...

Ruffi. Ahí dentro hay con que dar voz á cien mudos; despáchate, y volved pronto.

Pedro. Descuidad, que no gastaremos mas que el tiempo preciso para remojar un poco las fáuces.

ESCENA VI.

PEDRO. BELTRAN. *Luego* LEONOR y JORGE.

Pedro. Con que ya has oído: quieres ser de los nuestros?

Beltran. De cuáles?

Pedro. De los entusiasmados por los ingleses; como tienes una voz sonora y fuerte, te pagaré por cuatro; toma un ducado.

Beltran. Vete, Pedro, vete... oigo ruido en casa de Leonor... Voy por fin á saber quién es ese hombre!

Pedro. Quién es... mejor harías en averiguar lo que tiene. Ea, hasta luego, pues espero que te encontraremos aquí por variar. Qué diantre! yo tambien estoy enamorado, pero eso no quita para que vaya á mis quehaceres... verdad es que tú no tienes muger y ocho hijos... Hola, aquí vienen algunos que me ahorran la mitad del camino. (*Llegan varios Lazzarones: Pedro al foro hablando con ellos. Entran en escena varios mercaderes ambulantes: salen Leonor y Jorge.*)

Leonor. Me envanece, Jorge, el veros tan jóven, y depositario ya de tan alta confianza: partid, y el cielo quiera concederos un feliz éxito.

Jorge. Francés de adopción, pero italiano de nacimiento, defenderé como debo la patria que aun no puedo reconocer.

Leonor. Repetid bien al ilustre Championnet que Nápoles no es solo una conquista; que es la libertad de un pueblo abandonado, por una parte, á la tiranía de una raza insolente, y por otra al furor de un populacho supersticioso y feroz.

Jorge. Ya lo sabe, Leonor; como tambien los valientes esfuerzos que haceis para que nuestras armas triunfen, porque sois francesa de corazón.

Leonor. No, Jorge, soy italiana; pero ya que Dios ha negado á mi país el estar á la cabeza de los pueblos que quieren reconquistar sus derechos, trato de que seamos al menos los primeros en seguir á la gran nación que nos enseña el camino.

Jorge. Repetiré vuestras palabras á Championnet, que sabe comprender muy bien las almas grandes, y que os juzgaba perfectamente cuando me decia: "es el genio de Safo, y el valor de madama Roland."

Leonor. Que murió en el patíbulo!

Jorge. Sí, pero vos no sois supersticiosa.

Leonor. Y aunque lo fuera, Jorge, ese porvenir no me haria vacilar un momento en seguir mi marcha... Mas ya es tiempo de que nos separemos... no olvidéis de que me habeis prometido venir á decirme el resultado de vuestra conferencia, sea cual fuere. No es por mí sola, ya lo sabeis. Todos los que se han declarado amigos de la libertad esperan este resultado con inquietud é impaciencia.

Jorge. Resultado que no puede ser dudoso.

Leonor. Así lo espero, Jorge... mas tambien tenemos que hablar de nosotros... de ella... de vos...

Jorge. Ah! sí; gracias, Leonor, gracias... aun ignoraba yo todo lo que podia haber de grande y de noble en el corazón de una muger. (*Bésala la mano.*)

Beltran. Quién es este hombre!

Leonor. Maffei y Psatti os acompañarán para mayor seguridad. (*Indicándole dos lacayos.*)

Beltran. Aunque fueran diez! Es preciso (*Mientras Leonor y Jorge se despiden.*) que este hombre me diga quién es. (*Vase Jorge seguido de los dos criados.*)
Beltran va á seguirle, mas sale Andrés y le detiene.)

ESCENA VII.

LEONOR. ANDRÉS. BELTRAN. PEDRO, &c.

Andrés. Te hallo al fin, miserable!

Beltran. Mi padre!

Leonor. Beltran! (*Aparte.*)

Andrés. Quieto, quieto... te digo... (*Deteniendo á Beltran.*) y puedes escucharme bien, porque es la última vez que vengo á preguntarte si quieres ser hombre honrado.

Beltran. Padre mio, yo nada os pido.

Leonor. Al fin sabré quién es ese hombre. (*Párase delante de una muger que vende cintas.*)

Andrés. Nada me pides, pero hace veinticinco años que murió mi hija Mariana, tu madre, y te he dado pan todo este tiempo sin que tú me lo pidieses... como se lo he dado á tu desdichada prima Catalina, huérfana, cual tú, mientras he tenido fuerzas para ganarlo. Y ahora que soy viejo, ahora que no queda en mi casa mas que una pobre niña muda, que nada puede, ahora que eres un hombre... crees que me has pagado diciéndome: "yo nada os pido?"

Beltran. (*Aparte.*) Se ha quedado allí. (*Siéntase en el banco del palacio de lord Melton.*)

Andrés. No respondes... ah! apelo á todos los que me escuchan. Nuestros Lazzarones no son en efecto, y se lo digo en su cara, muy amigos de trabajar... pero no hay uno que no mantenga á su muger... no hay uno solo que no se apiade de sus padres desvalidos!

Beltran Y no se mueve! (*Aparte.*)

Andrés. Pero qué te pasa... qué quieres... dónde tienes la cabeza, Beltran...? Mira, vuelve á la granja; á pesar de como estau los tiempos, podemos aun ser ricos si tú quieres trabajar, pues ya me he quedado sin trabajadores, pero al menos me han dejado para ir á batirse, al paso que tú... tú, Beltran... (*Este se aleja.*) Mas... cielos,

se ha vuelto enteramente loco...? Quién le ha podido reducir á este estado?

Pedro. El amor! (*Bajo.*)

Leonor. Gran Dios! (*Aparte.*)

Pedro. Dē tal suerte, que se pasa todas las noches tendido en el umbral de la morada de su amante.

Leonor. Y es cierto! (*Aparte.*)

Pedro. Cantando versos apasionados.

Leonor. Infeliz! (*En la puerta de su casa.*)

Pedro. Soñando que algun dia será posible que su divinidad... su musa... su santa...

Andrés. Ah! sea quien quiera! maldicion sobre ella!

Pedro. No tan alto, porque puede oiros.

Andrés. Pues qué! sería esa muger... (*A media voz.*)

Leonor... la hija de Margarita Storelli... Ah! si yo lo supiera...

Pedro. Es posible... eh!

Beltran. Cállate, Pedro. (*Con violencia.*) Padre mio, volveré á la granja cuando querais. (*Con dulzura.*)

(*Leonor entra en su casa.*)

Andrés. Pues bien, Beltran, voy á llevar este dinero al mayordomo del marques Ruffi... espérame aqui, y nos iremos juntos. (*Vase.*)

Beltran. Bien está. (Tiene razon: conozco que me vuelvo loco.) (*Siéntase junto á la puerta de Leonor.*)

ESCENA VIII.

PEDRO. RUFFI. LORD MORTON. LADY MELTON. PUEBLO.
OFICIALES INGLESES, &c.

Ruffi. Milord, permitidme que me felicite yo mismo de ver á un guerrero tan célebre como vos acudir en auxilio de nuestra desgraciada ciudad.

Morton. Esta casa...

Lady. Y debemos felicitarnos tanto mas, cuanto que sabemos, milord, con qué ansia habeis solicitado el mando de la escuadra.

Ruffi. Nadie debe asombrarse de ver á lord Morton buscar, á toda costa, nuevas ocasiones de adquirir gloria.

Morton. Gloria...! quizá no sea ese mi único motivo, marques.

Lady. Me hariais envanecer si me atreviese á sospechar que os ha traído aqui el recuerdo de un tierno afecto.

Morton. Sí, el recuerdo de un tierno afecto, milady, es verdad...! Pero (*Aparte.*) no el que vos suponeis.

Lady. Siempre á esa puerta, Beltran... Con que será verdad que la bella Leonor...

Beltran. Bien sabeis ya, milady, que no os conozco.
(*Vase.*)

Lady. (Todavía!) Milord, he dispuesto dar un baile esta noche, para hacer ver á Nápoles que la llegada de vuestra escuadra debe ser un motivo de seguridad para ella; por lo tanto cuento con vos y con vuestros oficiales. (*A los oficiales.*)

Morton. Cuanto mas miro esta casa, mas voy recordando... sí, ahí era donde vivia la infeliz Margarita Storelli.

Lady. Pero qué teneis, milord? Estais triste, y parece que esa puerta tiene un gran atractivo para vos, pues no apartais de ella los ojos.

Morton. Es que creo reconocer esa casa.

Lady. Por haberla visto esta noche?

Morton. No, estos recuerdos datan de mas de 25 años; yo no era entonces lord Morton, sino el caballero Dudley, y viajaba, como todos los jóvenes, prra instruirme.

Lady. E instruir á alguna bella dama que habitaba ese palacio?

Morton. Nada de eso... pero desearia saber...

Lady. Ah! milord, yo no tengo celos de lo pasado... aqui teneis al marques, que conoce la historia de Nápoles y que podrá ayudaros á recordar... (*Apártase á hablar con los oficiales.*)

Morton. Señor marques, qué ha sido de la familia que vivia en este palacio veinte años há?

Ruffi. La familia de los Storelli?

Morton. Precisamente.

Ruffi. El conde y la condesa murieron despues que su hija Margarita se casó.

Morton. (Casada...!) Y con quién casó?

Ruffi. Con el marques de Pimentel.

Morton. El marques... entonces Leonor es la hija de Margarita Storelli?

Ruffi. Sí, milord, su hija única.

Morton. Y qué edad tendrá?

Ruffi. Unos veinte años, milord.

Morton. Veinte años...! (No...! no puede ser ella...!) Y la madre de Leonor, qué se hizo?

Ruffi. Devorada por un pesar, cuya causa nadie supo jamas, murió hace dos años, á poco de la ejecucion de su marido, condenado á muerte por conspirador; su hija ha heredado el mismo espíritu de rebelion.

Morton. Lo sé... (*Aparte.*) Es una esperanza bien débil, y sin embargo... Milady, (*A lady Melton.*) quisierais hacerme un favor?

Lady. Os he rehusado algo para que lo dudeis?

Morton. Es únicamente que envíeis un billete de convite para vuestro baile de esta noche á la señora Leonor Pimentel.

Lady. Pues qué! pensais que esa muger...

Morton. Leonor en el baile de V. E. sería un golpe decisivo para el partido republicano, que perdería con esto su gefe mas hábil.

Lady. Es asi como debo tomarlo, milord? Ruffi no sueña mas que en política, pero vos... Leonor es bella... célebre...

Morton. Me creéis demasiado presuntuoso, y no os haceis justicia: no conozco, ni jamas he visto á Leonor. Pero por razones que vos aprobaréis, cuando las sepais de mi boca, es preciso que la vea y que la hable.

Lady. Agradecedme pues mi condescencia, milord, pues no sé por qué, tengo un instinto de odio contra esa muger, y...

Ruffi. Tomad, milady. (*Dando un billete á lady Melton.*)

Lady. Aqui teneis, milord; (*Entregándoselo á lord Morton.*) vos salís responsable.

Morton. Job! Job!

Job. (*Que hablaba con Pedro. Acércase, y mientras le habla Morton mira atentamente á lady Melton.*)

Aqui estoy!

Morton. Has de llevar ese billete ahi enfrente.

Job. Cielos...! Dios mio...! sí... ella es... ella, Betty...!

Lady. Gran Dios! este hombre aqui!

Morton. Eh! qué tienes para mirar asi á milady, tonto?

Job. Milady!

Morton. Vé pronto adonde te he dicho.

Lady. Ruffi... (*Le habla bajo.*)

Job. Está bien, milord... Milady...! yo (*Yéndose.*) estoy

soñando... es imposible...! Betty convertida en milady...
(*Entrando.*) Puede que sea el clima de Nápoles.

Ruffi. (*Que ha estado hablando á Pedro, mientras Job llamaba á la puerta de Leonor.*) Pues ese hombre de cualquier manera, y antes de la noche, es menester que haya desaparecido... Lo ha mandado milady.

Pedro. Bah! con que es menester... (*Hace como quien da de puñaladas.*)

Ruffi. Sí.

Pedro. Ya decia yo que le habia de quitar algo á ese mozo.

Lady. Con que, milord, no vais al consejo á decir que la Inglaterra envia su escuadra en defensa de Nápoles?

Morton. Sí... sí... milady... voy al punto.

Lady. Y yo os pido permiso para acompañaros, milord, ya que lord Melton no puede hacerlo á causa de su salud: es necesario que el pueblo napolitano sepa que todos los ingleses estan animados del mismo celo en pro de su causa.

Ruffi. Lo oís, valientes napolitanos? (*Señales de asentimiento en el pueblo.*)

Morton. Venid, pues, milady, venid.

Lady. No olvideis nada, Ruffi.

Ruffi. No acostumbro á hacerlo. Hijos, ved aqui á vuestro libertador lord Morton.

Todos. Viva lord Morton...! Viva lady Melton!

Ruffi. Bien empezado, Pedro: es preciso concluir. (*Van-se: el pueblo los sigue gritando: viva lord Morton! nada de capitulacion.*)

ESCENA IX.

PEDRO. JOB.

Pedro. Y si fuese siquiera un hombre... (*Mirando á Job.*) yo que jamas he podido matar una gallina... pero en fin, cuando se tiene muger y ocho hijos...

Job. Yo estaba encandilado... por fuerza... Betty Stacke convertirse en lady Melton...! Cá...! es imposible.

Pedro. Estamos casi solos... pero pudiera pasar alguno... ademas qué me ha dicho monseñor? que le haga desaparecer... voy á proponerle un paseo al mar.

Job. Y sin embargo, yo creo... porque (*Aparte.*) ella dió un grito al verme.

Pedro. (Qué diantre de idea tendrá lady (*Aparte.*) Melton en deshacerse de ese pobrete... Aquí debe de haber gato encerrado... no sería malo averiguar...) A Dios, amigo.

Job. Hola! sois vos...? me alegro encontraros: parecéisme hombre de bien.

Pedro. Favor que me dispensais... os gustan los macarones?

Job. No, prefiero el besteek.

Pedro. Vaya, y no me acompañaríais á tomar un vaso de limon aquí cerca?

Job. Gracias; me gusta mas la cerveza.

Pedro. Voy viendo que no se os puede ofrecer nada.

Job. Sí tal... y no os costará muy (*Aparte.*) caro.— Mucha finura... Esa señora que estaba ahí es lady Melton?

Pedro. Que se casó con lord Melton, tres años há; eso lo sabe todo Nápoles.

Job. Ah! Ah...! y de dónde venia... cuando vino á Nápoles...?

Pedro. Toma! sería de Inglaterra, porque es inglesa; pero vos debéis saberlo mejor, porque me ha hecho un encargo tocante á vos.

Job. Un encargo...? y... y cuál es?

Pedro. Ya os lo diré; se trata de vuestra fortuna y de algo mas...

Job. Bien! quiere pagarme para (*Aparte.*) que calle...! Ella es.

Pedro. Pero antes es menester que yo sepa si sois el hombre que ella cree.

Job. Aquí, para entre los dos, yo soy.

Pedro. Segun eso la conocéis?

Job. Yo lo creo! desde que era tamañito, que estaba yo de groom en casa del duque de Newcastle, y ella de doncella de la duquesa.

Pedro. Lady Melton!

Job. Es decir, Betty Stacke!

Pedro. (Ahora sí que entiendo por qué (*Aparte.*) ha de haber desaparicion.) Con que era doncella... es decir, una jóven que hacia compañía á la duquesa.

Job. Sí, doncella... es decir... criada.

Pedro. Criada! (Este tiene ganas de (*Aparte.*) morir.) Y luego qué sucedió?

Job. Luego, aquí para los dos, la duquesa la despidió... por-

que el duque... pues...! Entonces la embarcaron una noche en un buque de guerra que daba la vela para... ya sabeis...

Pedro. Nada mas que eso...! (Y yo he (*Aparte.*) de matar á este chico! no, no seré tan tonto; al contrario, le guardaré en conserva.)

Job. Y toda Inglaterra la creía allá.

Pedro. Pues! pero sin duda, durante la travesía, el capitán...

Job. Perderia la ruta y... vamos, si yo estoy atónito de cómo puede haber olvidado á un antiguo camarada.

Pedro. No se ha atrevido, amigo... y así es que me ha encargado...

Job. Que pagarais mi silencio?

Pedro. No, que hiciera desaparecer tu individuo.

Job. Y qué significa eso?

Pedro. Es un modo muy general de decir á un hombre inteligente que es dueño de coser á puñaladas, ahogar, estrangular, ó quemar, al individuo recomendado, con tal que no se vuelva á hacer mas mencion de él.

Job. (*Gritando.*) Yo soy ciudadano inglés... Estoy bajo la proteccion de lord Morton.

Pedro. Estás bajo la hoja de este puñal... y no me gusta que nadie me desgarre inútilmente los oidos... Solo que me da lástima de tu juventud, y aunque tengo ya una muger y ocho hijos á quienes mantener, quiero adoptarte, arrancándote de este modo á tu fatal destino.

Job. Pero es que yo no quiero ser hijo vuestro.

Pedro. Entonces tendré que recordar el encargo de mi lady.

Job. Oh! para qué habré yo salido de Inglaterra?

Pedro. Para qué? para ser alegre Lazzaron como yo; vas á acompañarme hasta aquella esquina: alli abandonarás ese ignoble trage, que coarta la libertad de los movimientos y... mira, estarás soberbio así.

Job. Y qué tendré que hacer?

Pedro. Nada, lo que se llama nada.

Job. Nada...! pues ya es algo.

Pedro. Ea, alguien viene... despachemos.

Job. Si me dejáseis ir á tomar algunos efectos á palacio...

Pedro. Qué idea...! este chico promete... Pero... ah! lady

Melton...

Job. Lady... lady...

Pedro. Di, y si te encuentra vivo...?

Job. Ah! sed mi padre, y salvad á vuestro hijo!

Pedro. Al cabo dí con la fortuna. (*Vanse.*)

ESCENA X.

BELTRAN. JORGE.

Jorge. Será traicion... será uno de esos azares de la guerra que destruyen los planes mejor combinados...? Sea lo que fuere... Leonor está en inminente riesgo despues de lo que ha hecho... y es menester que abandone á Nápoles.

Beltran. Va á su casa. Él es. (*Se pone delante de la puerta.*)

Jorge. Entremos!

Beltran. Adónde vais?

Jorge. Qué os importa?

Beltran. Quién sois?

Jorge. (*Desembozándose y echando mano á la espada.*)
Quereis saberlo?

Beltran. Un oficial francés... Ignorais que en las calles de Nápoles resuena el grito de... Mueran los franceses! mueran los traidores!

Jorge. Porque los he oido, es por lo que quiero entrar en esta casa.

Beltran. Para esconderos.

Jorge. Me habeis mirado bien?

Beltran. (Es valiente; (*Aparte.*) debe ser amado...) No entrareis en esta casa.

Jorge. Miserable!

Leonor. (*Saliendo.*) Qué es esto? qué hay? (*Beltran se retira.*)

Beltran. Condenacion! es ella!

Jorge. Lo que hay, Leonor, es que la audiencia concedida á nuestros plenipotenciarios era un ardid para dar á los ingleses tiempo de llegar.

Leonor. A los ingleses!

Jorge. Escuchad.

Gritos á los lejos. Viva lord Morton...! Mueran los franceses...! Mueran los traidores!

Jorge. Ya lo oís, Leonor: mueran los traidores! Ya sabéis quiénes son los designados con este nombre: venid, venid; en el campo francés tendreis un asilo.

Leonor. No, Jorge... yo no puedo abandonar á los que he arrojado en el peligro... Además, creedme, no se atreverán á dirigirse contra mí... vos sí que debéis huir... apresuraos...

Jorge. Sí, pero me perderé... en una ciudad para mí desconocida...

Leonor. Yo os daré un guia seguro. (*Señalando á Beltran.*) Ese hombre.

Jorge. Era el que poco há me impedia entrar en vuestra casa... Ese hombre me ha amenazado.

Leonor. (Se ha atrevido...!) Descuidad, yo os respondo de él. (*Llamando.*) Beltran!

Beltran. (Sabe mi nombre!)

Leonor. Sí, como el de un rival en poesía, y sé tambien que los pensamientos bellos pertenecen á los corazones nobles. Me fio de vos; es preciso que salveis á este oficial.

Beltran. Yo!

Leonor. Vos.

Beltran. Le salvaré.

ESCENA XI.

DICHOS. LORD MORTON. LADY MELTON. ANDRÉS. PEDRO. PUEBLO. JOB. OFICIALES INGLESES Y NAPOLITANOS.

Pueblo. Viva lord Morton....! Mueran los franceses!

Andrés. Beltran, vámonos, vámonos; las hostilidades van á empezar otra vez, y se van á cerrar todas las puertas.

Beltran. Imposible, padre mio, imposible!

Andrés. Cómo imposible! Y quién te detiene aqui todavía, desdichado?

Beltran. Escuchadme, padre mio. (*Le habla bajo.*)

Lady. Mirad, milord, ahí teneis á la incomparable belidad de quien tan de repente os habeis prendado.

Morton. Leonor! (Es el vivo retrato de (*Aparte.*) su desgraciada madre...) Quereis presentarme á ella?

Lady. Eso es abusar, milord...! sin embargo, lo haré con mucho gusto. (*Se adelanta hácia Leonor.*)

Leonor. Lady Melton! qué audacia! (*Aparte.*)

Lady. Señora, he tenido el honor de escribiros suplicán-

doos asistais al baile que doy esta noche con motivo de la llegada del almirante Morton, á quien os presento.

Leonor. Sea bien venido lord Morton: en cuanto al baile, milady, dudo que ningun napolitano concorra á él, cuando nuestra ciudad se halla entregada á las desgracias de un sitio; y lo que es yo, creería cometer un crimen si me presentase en él.

Morton. Este baile, señora, hará ver á los franceses que Nápoles ya no teme sus vanos esfuerzos, ahora que la escuadra inglesa ha venido en su ayuda.

Jorge. (*Sin poderse contener.*) Nápoles no es una isla, caballero, y los franceses son dueños de la tierra.

Leonor. Ah! Jorge...! Milord, vos soy inglés, (*A Morton.*) y venís á sostener aqui el despotismo; si vuestro deber de militar á ello os obliga, vuestro corazon de ciudadano disculpará mi negativa.

Lady. Milord, es una republicana (*Amargamente.*) incorregible, y nada obtendreis de ella por ese título.

Leonor. (*Con orgullo.*) Milady, ni por ese ni por otro alguno se obtiene nada de mí.

Lady. Señora...!

Leonor. No iré al baile.

Lady. (*A Morton.*) Milord, vos sois la causa de este insulto...! Dejareis impune á esa muger, que ha conspirado contra la autoridad del rey?

Morton. Milady, reparad que estamos rodeados del pueblo. (*Obligala á callar: escena muda á un lado.*)

Andrés. (*Que ha oido á lady Melton, se adelanta y dice á Beltran.*) Ya lo oyes...!

Beltran. Padre mio!

Andrés. Y esa muger es la que te hace olvidar á tu anciano padre... Ah! infeliz de ella!

Beltran. Padre mio, la he prometido salvar á este oficial.

Andrés. Ven, te repito... y sabrás cuánto debes maldecirla!

Beltran. Jamas!

Andrés. Pues bien! quieres que diga, aqui delante de todos, que ha querido hacer escapar á un enemigo nuestro, á un francés?

Beltran. Oh! callaos, callaos...! sería perderla; venid. (*Oyese un grito: una jóven se dirige corriendo á Andrés.*)

Andrés. Catalina!

Todos. La muda! (*Catalina manifiesta la mayor desesperacion, y se arroja en brazos de Andrés.*)

Andrés. Qué tienes?

Catalina. (*Señala á lo lejos por donde ha venido, é indica que allí acaba de suceder una gran desgracia.*)

Andrés. Qué quieres decir?

Catalina. (*Señala de nuevo hácia el lado de la granja, espresando con sus ademanes que ya no existe.*)

Andrés. Nuestra granja!

Catalina. afirma: pantomima de devastacion.

Andrés. Ha sido saqueada?

Catalina. Si: incendiada.

Andrés. Incendiada!

Catalina. Si.

Andrés. Y por quiénes?

Catalina. Por los soldados.

Andrés. Por soldados!

Beltran. Por soldados!

Andrés. (*Agarrando á Catalina de la mano y enseñándola unos soldados napolitanos.*) Napolitanos?

Catalina. No.

Andrés. (*Volviéndose á los oficiales ingleses.*) Ingleses?

Catalina. No.

Andrés. (*Atravesando la escena, se llega á Jorge, le desemboza, y esclama con un tono de feroz conviccion.*) Francés, no es verdad?

Catalina. Sí.

Andrés. (*A los Lazzarones.*) Franceses! Ah! este pagará por todos... Muera!!

Todos. Si, si, mueran los franceses!

Leonor. Deteneos, napolitanos... deteneos!

Andrés. Y esta muger se atreve á defenderle...!

Lady. Despues de haber conspirado contra el Estado.

Andrés. Mueran los dos!

Morton. Atrás!

Andrés. Plaza, milord, plaza; estos son los únicos hombres que pueden salvar á Nápoles, y para que quieran combatir por ella, es preciso que no tengan que temer á los traidores que su seno abriga.

Jorge. Venid pues, pero pagareis cara (*Sacando la espada.*) la victoria.

Andrés. Mueran los dos!

Morton. Perdonad á esa muger.

Andrés. Esa muger morirá! (*Yendo hácia ella.*)

Beltran. No morirá! (*Poniéndose delante.*)

Andrés. Y quién la salvará?

Beltran. Preguntad mas bien quién se atreverá á tocarla?

Todos. Armas! Armas!

Beltran. Vosotros pedís armas para asesinar á vuestros enemigos? Yo se las quito. (*Quita la espada á Jorge.*)

Todos. Bien, Beltran, bien!

Beltran. Pero es para defenderlos... (*Adelántase hácia las turbas, que retroceden.*) Vosotros gritais: "mueran los franceses!" Pues bien! sí, mueran los franceses... pero en el campo de batalla es en donde se debe dar ese grito... Yo os conduciré á él, si quereis seguirme.

Andrés. Yo te seguiré.

Todos. Todos! Todos!

Beltran. Milord, venís á defender esta ciudad, y acaso no sabeis que la mitad de la poblacion no desea otra cosa sino abrir las puertas al enemigo?

Todos. Nosotros no queremos!

Beltran. Preciso es pues defender á Nápoles de sus enemigos y de ella misma; pero no aqui, desde lo alto de las fortalezas es desde donde debemos dominar á los traidores que quieren entregar nuestra ciudad á los franceses... Apoderémonos de las fortalezas!

Morton. Tiene razon, hijos, y su genio le revela la salvacion de vuestra ciudad.

Todos. Viva Beltran!

Andrés. Que sea nuestro gefe.

Todos. Sí! sí!

Beltran. Gracias, padre mio... pero deseo saber antes, napolitanos, si merecis que lo sea... Caballero, (*A Jorge.*) habeis oido nuestro plan; quedareis prisionero bajo palabra. En cuanto á vos, señora, si oís la mas mínima amenaza dirigida contra vos, decídselo á Beltran... Yo quiero (*Volviéndose al pueblo.*) mandar hombres que se batan contra hombres, y no cobardes que asesinen mugeres.

Todos. Viva Beltran...! Viva!

Leonora. La proteccion de este hombre (*Aparte.*) me horroriza.

Lady. Ah! Beltran, mucho la amais! (*Bajo á Beltran.*)

Beltran. Y vos la aborreceis mucho, milady: pero bien sabeis ya que no os conozco, y que jamas os he visto.

Lady. Oh! siempre esta muger...! (*Aparte con rabia.*)

Andrés. Beltran, acabas de salvar á la hija de la que hizo morir á tu madre de desesperacion.

Beltran. En ese caso, padre mio, la he vengado noblemente.

Andrés. Yo la vengaré mejor! (*Aparte.*)


Beltran. Y ahora, amigos mios, á las fortalezas!

Todos. A las fortalezas!

Beltran. Yo os enseñaré el camino.

Todos. A las fortalezas...! A las fortalezas!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Peto segundo.

Un fuerte.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS. PEDRO. LAZZARONES.

Andrés. En efecto... esos franceses estan (*Hablando con Pedro.*) encarnizados como fieras... cinco veces seguidas, á pesar de nuestras acertadas descargas, han llegado hasta la poterna que conduce á esa torre. (*Aparte Catalina en el foro con un cesto de provisiones.*) Hemos tenido que pelear palmo á palmo y cuerpo á cuerpo. Pero gracias á Beltran, (*Párase Catalina al oír este nombre; expresa su rostro una curiosidad llena de interes; sus labios repiten al parecer el nombre de Beltran; escucha con la mayor atencion.*) apellidado desde ahora el Terrible, el demonio de las batallas, y á quien Dios parece haber concedido la fuerza de Sanson, el sable y el puñal han dado cuenta de las bayonetas, y les hemos hecho replegarse otra vez á sus trincheras. (*Movimiento de alegria y orgullo en Catalina.*)

Pedro. Sí, pero sabemos ya lo que cuesta, cincuenta hombres menos en las filas; los franceses lo sospechaban... hay uno áqui que se pasea por todas partes con un aire de curiosidad... reparad bien! (*Indiferencia en Catalina.*)

Andrés. Sí, el comandante Jorge, el cómplice ó amante de esa Leonor Pimentel, á quien Beltran hacia la locura de amar. (*Catalina deja caer la cesta: vuélvese Andrés y la ve.*)

DICHOS. CATALINA. Luego JOB.

Andrés. (*Acercándose á Catalina y cogiéndola las manos.*) Pobre criatura...! me ha oído! (*Catalina trata de ocultar su emocion y acusarse de torpeza; vuélvese, y asoman las lágrimas á sus ojos. Sale Job con una marmita de macarrones y se dispone á comer.*)

Pedro. Pero adónde estará ese Job...? calla! pues está ahí el insolente...! y te atreves á comer antes que tu amo?

Job. Mi amo...! yo no tengo ningun amo: vos me habeis dicho que seríais mi padre.

Pedro. Y te sientas á la mesa antes que tu padre, mal hijo: hoy no se almuerza. (*Le quita lo comida.*)

Job. Pero mirad...

Pedro. Silencio! mis principios sobre educacion son muy rígidos. (*Vase.*)

Job. Maldito Nápoles...! cuándo será el dia en que pueda... (*Yéndose por otro lado.*)

Andrés. Y por qué lloras, Catalina? (*A Catalina.*) quién te ha ofendido?

Catalina. (*Mira á Andrés, se esfuerza á sonreirse, y manifiesta con sus ademanes que no tiene pesar alguno y que no llora.*)

Andrés. No me engañas?

Catalina. No.

Andrés. Sin embargo, yo conozco que tú estás sufriendo: tú tienes algo.

Catalina. No.

Andrés. Sí, por fuerza; el cansancio, los sustos... hace tres dias que no cesan de disparar los cañones.

Catalina. No estoy cansada, ni tengo miedo.

Andrés. Oh! ya sé que eres valiente, Catalina, pues te he visto mas de una vez junto á Beltran cuando llovian las balas en torno suyo.

Catalina. Es verdad.

Andrés. Ah! tú sí que le amas de veras.

Catalina. (*Levanta la cabeza y lleva la mano á su corazon.*)

Andrés. Y él te amará!

Catalina. (Tristeza : deja caer la mano, baja la cabeza y manifiesta que no.)

Andrés. Te digo que sí, que te amaré.

Catalina. (Con energia dice que no ; que allá en la ciudad hay una muger.)

Andrés. No creas nada de eso, Catalina: ya sabes que Beltran gusta de cantar los versos que improvisa...

Catalina. Sí, y le he oido muchas veces estasiada...

Andrés. Y como dicen tambien que esa muger canta con una voz admirable los versos que compone...

Catalina. En efecto, y es una muger muy feliz.

Andrés. Beltran se dejó alucinar por sus canciones, por su voz...

Catalina. Sí. (Luego lleva con dolor la mano á sus labios como para decir : yo soy muda !)

Andrés. Pero eres bella.

Catalina. Beltran manda este fuerte, llegará á ser cuanto quiera, y Catalina se quedará siempre la misma, una pobre aldeana.

Andrés. Y aunque llegase algun dia á capitán, dejaria por eso de ser siempre mi nieto? Y ademas, olvidas que Beltran no puede ser mas que un buen soldado? sabes que de algun tiempo á esta parte procura que nadie conozca... su profunda ignorancia. Tú, que no puedes hablar, has aprendido á escribir para espresar tu pensamiento, y yo me avergüenzo al considerar que él no podria comprenderte, porque ni siquiera sabe leer.

Catalina. Callaos ; os pueden oir.

Andrés. Tienes razon, callo... Y ahora que me acuerdo, adónde ibas tú por aqui?

Catalina. (Señala la casa del gobernador, en donde habita Jorge.)

Andrés. A llevar estos víveres al prisionero francés?

Catalina. Sí.

Andrés. Y quién te ha dado ese encargo? (Con dureza.)

Catalina. Beltran.

Andrés. Beltran...! Beltran...! te hace servir á ese francés... al amante de esa muger...! deja esa cesta, Catalina.

Job. (Saliendo.) Ni siquiera un puñado de macarrones!

Andrés. Ah! ahí está uno que podrá (Reparando en él.) muy bien servir para esto... Oyes, zoquete, lleva esto al prisionero.

Job. Yo! Cá!

Andrés. Cómo que no! (*Amenazándole.*)

Job. Ah! sí, sí, con mucho gusto... Paréceme que de la tal cesta (*Aparte.*) sale muy buen olor.

Lazzaron. 1.º Un bote atraca al fuerte.

Andrés. El bote del almirante; voy á avisar á Beltran... Tú despáchate. (*A Job. — Andrés abraza á Catalina y se va.*)

Job. (*Aparte.*) Si llega á tener indigestion, yo me encargo de pagar al médico. (*Va á entrar en la casa y sale Jorge.*)

ESCENA III.

DICHOS. JORGE.

Jorge. Desde mi ventana he visto (*Aparte.*) llegar el bote del almirante; acaso pueda saber algo de Leonor. (*Catalina quita la cesta á Job y se la presenta á Jorge.*)

Jorge. Gracias, hija; tengo en casa mas de lo que necesito: me proveeis con una abundancia...! (*Siéntase sobre un cañon á mirar al mar.*)

Job. Él un enemigo... y yo... un aliado... Oh! esto ya pasa de castaño oscuro, y no puedo permitir... (*Quiere recobrar la cesta; Catalina le rechaza; él logra apoderarse de aquella; Catalina le pincha en un dedo con su puñal: suelta la presa y esclama:*) Ah! ya está visto, me han de matar de hambre ó á puñaladas...!

Jorge. Sí, efectivamente es el bote del almirante... segun eso Championnet se retira...

Job. Recurrámos á la súplica... á ver si la enternezco... mirad, lindísima criatura, cuyos preciosos ojos hablan al alma de un modo que no pudiera hacerlo vuestra lengua... si suelta la tuviérais, apiadaos de este infeliz aliado... á quien repugnan sobremanera vuestros afamados macarrones... que está todavía en ayunas... y á quien si os dignáseis favorecerle con un par de libras de befteek.

Catalina. (*Abre la cesta.*)

Job. Un pavo...! somos felices... (*Saltando de alegría.*)

Pedro. Vamos, pronto... pronto. (*Sale corriendo y se interpone.*)

Job. Qué hay...? qué hay...? qué sucede?

Pedro. Que viene lord Morton... desaparece tú mismo... ó si no será preciso que yo me encargue...

Job. Sí, ya estoy medio desaparecido... si esto continúa asi, dentro de poco cuando quieran asesinar-me, tropezarán con mi esqueleto. (*Pedro dando empellones á Job; vanse por la izquierda del foro. Catalina por la derecha.*)

Jorge. No; me habia engañado; Championnet ha vuelto á ocupar sus posiciones. No renuncia á apoderarse de la ciudad, y sin embargo, mientras este fuerte permanezca en poder de estos hombres, cuyo valor se aumenta con el ejemplo de su Terrible gefe, nuestras columnas serán siempre abrasadas por el fuego de estas baterías... Nápoles está entregada á los Lazzarones, que la defienden calle á calle y casa á casa... Ah! si yo supiese que Leonor está en salvo, me importaria poco, desearia que el general renunciase á esta empresa, aunque se prolongase mi triste condicion de prisionero; ya han perecido mas de cuatro mil de nuestros mejores soldados.

ESCENA IV.

DICHOS. LORD MORTON. BELTRAN. OFICIALES INGLESES.

(*Beltran entra primero por la derecha, seguido de Lazzarones; da algunas órdenes, saluda con frialdad al oficial francés; en este momento el almirante acaba de subir la escalera de la muralla.*)

Morton. (*A Beltran.*) Os saludo, amigo; (*Beltran saluda.*) hemos presenciado ese combate desde nuestros buques, inútiles á vuestra defensa... qué digo combate? esa serie de ellos que han sido para vos otras tantas victorias... Lady Melton me ha dicho ya el nombre del valiente que tan bien ha defendido el puesto de que se habia apoderado; pero como deseo, y es ademas de mi deber, dar á vuestro rey un parte detallado, he querido juzgar por mí mismo de las pérdidas que habeis podido sufrir.

Beltran. Milord, ya lo veis, se han cerrado las brechas; estamos dispuestos á empezar otra vez.

Morton. Tambien he venido por si acaso necesitais municiones... hombres...

Beltran. Enviadnos municiones, milord ; hombres no nos faltarán. Veis allá abajo, á lo último del Arrabal de Santa Magdalena, aquel punto en que se agitan colores tan vivos? es un peloton de Lazzarones... de valientes que quieren reunírsenos.

Jorge. Eso será imposible, porque los franceses les cortarán el camino.

Beltran. Yo iré á abrírsele ahora mismo.

Jorge. Habreis de pasar entonces sobre un monton de cadáveres.

Beltran. Todo lo que puedo deciros es, que pasaré.

Morton. Paréceme que este hombre (*Aparte observando á Jorge.*) es el que vi entrar la otra noche en casa de Leonor Pimentel, y por cuya salvacion espuso ella su vida.

Beltran. Caballero, en los tres dias que hace que os hallais aqui aun no he podido informarme de qué tal os han tratado ; mas espero no tendreis que quejaros... de nadie.

Jorge. Aun en el caso de haberme tratado mal, no lo hubiera hecho. Cuando es uno soldado debe resistir la miseria y las privaciones.

Morton. Segun eso, hace ya tiempo que sois militar.

Jorge. Milord, desde que pude llevar un fusil.

Morton. Y habeis hecho la guerra en Italia?

Jorge. No, milord!

Beltran. Y sin embargo teneis aqui algunas relaciones.

Jorge. Sois muy curioso.

Beltran. Quizá tengo derecho para ello.

Jorge. No os le reconozco.

Morton. Las preguntas del que tan generosamente os salvó la vida, y las mias, no pueden ser dictadas si no por el interes que le inspirais.

Jorge. Es cierto que me salvó la vida, milord ; pero si la ocasion se presenta yo pagaré á ese hombre, por mí y por otra persona.

Beltran. Por otra! y qué os importa esa otra persona? qué derecho teneis para hacer lo que decís por ella?

Jorge. Mi voluntad.

Beltran. Desdichado!

Morton. Teneos!

Jorge. Y ademas, porque creo peligroso para ella, ya que tan bien me habeis comprendido, el deberos estar agradecido.

Beltran. En todo caso, ya veis que no es peligroso el dejar de serlo, mientras seais mi prisionero. Quereis la libertad...? quereis ir á reuniros allá abajo con esos hombres que intentan cortar el paso á mis hermanos? allí nos encontraremos, y quizá entonces esa persona no tendrá necesidad de agradecerme nada, porque le remitiré el cadáver del amante á quien le he salvado.

Jorge. Yo su amante...! Yo el amante de Leonor! acabais de insultar la virtud mas pura...

Beltran. La virtud mas pura...!

Jorge. Sí, á la mas noble de las mugeres, á la que Dios ha concedido todas las gracias, todas las mejores cualidades, á la que sería preciso hablar siempre de rodillas.

Beltran. Y dice que no la ama!

Jorge. A la que yo no permitiré, en fin, que se ultraje.

Beltran. Y aun insiste en que no es su amante!

Jorge. Sí, aun!

Beltran. Quién eres tú, pues, que la defiendes lo mismo que yo podria hacerlo?

Morton. Cómo la ama el insensato!

Beltran. Bien veis que me engaña, pues no me responde.

Morton. Acaso un secreto de política...

Beltran. Decid un secreto de amor!

Jorge. Oh rabia...! y estoy prisionero! milord, y no puedo hacer callar á este hombre!

Morton. Tiene razon, Beltran... y al hablar de esa manera ultrajais á Leonor.

Beltran. A ella...! Ah! mirad, voy á batirme... A las armas, hermanos, á las armas...! (*Los Lazzarones corren á tomarlas.*) El fusil cargado y el puñal en la boca! Vamos á abrir paso á los que nos aguardan. Caballero, rogad á Dios (*A Jorge.*) que me maten, y será lo mas seguro para vos y para ella. (*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA V.

MORTON. JORGE.

Morton. (*Aparte.*) Pero qué vínculos serán los que enlazan á este oficial con Leonor?

Jorge. Ese hombre necesita sangre... como el tigre á quien

se le escapa su presa y busca otra para saciar la sed que le debora.

Morton. Caballero, injusto sois con Beltran, quien, valiéndome de vuestra frase, ha tenido dos veces la presa entre sus garras, y dos veces la ha perdonado.

Jorge. Es cierto, milord, pero al ver la violencia de los sentimientos de ese hombre, tiene uno derecho de temer, sobre todo por una muger, los excesos de que puede ser capaz.

Morton. Caballero, Beltran está celoso!

Jorge. Celoso!

Morton. Os comprendo; eso es dar por cierto su amor á la señora Pimentel, y eso hiere el orgullo de hombres como nosotros... Pero seamos francos... despues de haber visto la inteligencia activa, la audacia que ha desplegado hace algunos dias logrando hacerse un caudillo temible, no parece que el amor que ha sentido por una muger tan superior á las demas como Leonor, era la primera revelacion de un genio que no se encontraba en su puesto?

Jorge. Milord, yo no esplico esa pasion, yo la temo por Leonor.

Morton. Y quizá vos habeis aumentado el peligro.

Jorge. Yo!

Morton. Vos, francés, estrangero en este pais, que segun nos digisteis poco há, visitais por vez primera...

Jorge. Milord! (*Turbado.*)

Morton. Vos, á quien ningun vínculo de familia, ningun recuerdo enlaza á Leonor.

Jorge. Milord!

Morton. Vos la habeis defendido con un calor que era dificil de interpretar, á no hacerlo como Beltran lo ha hecho.

Jorge. Vos tambien, milord?

Morton. Cuando quizá con una sola palabra hubierais podido obligarle á callar, esplicándole qué especie de vínculos os unian á Leonor.

Jorge. Qué vínculos...! vínculos sagrados, milord!

Morton. Sagrados, decís...? luego entonces...

Jorge. Milord, vuestra curiosidad se reviste de formas mas pulidas, pero no por eso hiere menos.

Morton. Esta curiosidad tiene un motivo mas poderoso que lo que vos pensais, y si conociais la familia de Pimentel,

si habeis visto en alguna ocasion al conde de Pimentel, padre de Leonor...

Jorge. No le he conocido.

Morton. Si hubieseis oido hablar de la madre de Leonor, la bella Margarita Storelli...

Jorge. Margarita Storelli...! La desgraciada Marg... la conocisteis vos?

Morton. Se ha turbado! (*Aparte.*)

Jorge. La habeis conocido, no es cierto? habeis conocido á esa infeliz muger...

Morton. Quizás... pero... vos... vos no la visteis jamas?

Jorge. Ah! milord, murió antes que yo pudiera abrazarla una vez.

Morton. Abrazarla!

Jorge. Ah! qué es lo que he dicho?

Morton. (*Ap.* Ese grito ha salido de su corazon...) Teniais segun eso en ella una amiga... una parienta acaso... una...

Jorge. Basta, milord...! basta! Ignoro cuál sea vuestro objeto... pero ya os he dicho... que no he conocido... que jamas he visto á Margarita Storelli.

Morton. Os llamais Jorge, no es cierto?

Jorge. Nada tiene de particular que lo sepais; pueden haberóslo dicho.

Morton. Lo he oido una vez sola en una plaza de Nápoles, cuando Leonor quiso salvaros... pero ese nombre me hizo impresion... porque es... porque es el de un amigo mio que vino de Nápoles hace veinte y seis años.

Jorge. Veintiseis años!

Morton. Sí, Jorge, veintiseis años...! Y entonces Margarita estaba en toda su lozanía.

Jorge. Milord...! ah! callaos...! callaos!

Morton. Tan hermosa, que este amigo de quien os hablo la amó, olvidando por su causa á otra infeliz á quien habia prometido su corazon.

Jorge. Ah, callaos, callaos entonces, milord; yo no sabia que ese hombre á quien no quiero maldecir, habia abandonado dos víctimas á un mismo tiempo.

Morton. Sin embargo, yo os aseguro que no hubiera sido culpable con Margarita como lo fue con la pobre labradora, á no haberle conducido una noche el gobernador que le acompañaba á bordo de un buque, en donde se le sujetó á los deberes de oficial, arrastrándole á la

guerras de América; luego, armado contra la Francia, acaso le ha perseguido esa idea como un remordimiento en medio de su gloria, porque se ha hecho célebre, y pudiera dar al hijo abandonado de Margarita un nombre ilustre!

Jorge. Decid á vuestro amigo que ese hijo no quiere su nombre, porque el huérfano desterrado á Francia, criado en secreto por su madre, que murió de dolor, se ha adquirido uno, que á nadie tendrá que envidiar.

Morton. Jorge! Jorge!

Jorge. (Con aire de frialdad, y con dignidad.) Milord, hasta aqui llegó... Nada mas tengo que deciros... (Cañonazo.) Y ese ruido os prueba bien que no puede existir relacion alguna entre nosotros. (Apártase.)

Morton. Se va...! si me habrá comprendido! Ah! si es asi, mi castigo empieza... pero yo veré á Leonor, porque él es... por fuerza es él... (Mas cañonazos; acude Andrés, seguido de Lazzarones.)

ESCENA VI.

DICHOS. ANDRÉS.

Andrés. Ea! ea! ya empieza (Entrando.) la funcion!

Morton. Sí, en efecto. (Volviéndose á Andrés.)

Andrés. Y qué, milord, no iremos á pelear con ellos?

Morton. No; permaneced en vuestros puestos, pues de ello depende la seguridad del fuerte.

Andrés. Obedeced, camaradas...! (Subiendo á la muralla.)

Los Lazzarones se acercan (Mirando.) al enemigo.

Morton. Con bien rara confianza, por cierto!

Andrés. Los Lazzarones son los mas valientes del mundo... y con Beltrau á la cabeza...

Morton. Yo no hablo de los del fuerte, si no de los que en él quieren entrar; si disparan los franceses, pobres de ellos.

Andrés. Beltrau llegará antes que las balas enemigas.

Morton. Los franceses permanecen quietos.

Jorge. Es que entre ese populacho hay mugeres y niños, y los franceses no combaten á tales enemigos.

Andrés. Ya está alli Beltrau: ahora ya pueden batirse.

Morton. Y avanza el primero. (*Una descarga.*)

Andrés. Bravo Beltran...! los franceses retroceden.

Jorge. Sin defenderse!

Andrés. Los nuestros avanzan á paso de ataque.

Jorge. Se retiran.

Andrés. Ya huyen.

Jorge. Maldicion!

Todos. Bravo Beltran!

Andrés. Beltran ha abierto á nuestros hermanos el camino de la poterna; abrámosles la puerta de la torre. Que entren nuestros camaradas. (*Dirigense algunos á la puerta de la torre y la abren; en este momento sale*

Job. Jorge, desesperado, en el proscenio á la derecha. Morton y Andrés al foro.)

Job. Abrieron una puerta...! qué felicidad...! si pudiera escurrirme. (*Empieza á entrar la turba; un hombre rempuja á Job, que queriendo otra vez salir, tropieza con Leonor, que entra, disfrazada de muger ordinaria.*)

Leonor. Ah!

Job. Calla!

Pedro. Todavía estás aqui? (*Corriendo á Job.*)

Job. Qué cosa tan particular! (*Mirando á Leonor.*) me ha parecido reconocer...

Pedro. A nadie...

Job. Teneis razon, á nadie...

Pedro. Ea pues, adentro. (*Empujándole.*)

Un hombre del pueblo. (*Bajo á Leonor.*) Van á entrar todos nuestros amigos.

Leonor. Jorge! (*Alegrándose y mandándole callar: mira en derredor: se acerca despacito á Jorge.*)

Jorge. Han huido sin pelear...! (*Agitado.*)

Leonor. Nos lo habian prometido. (*Acercándose mas á él.*)

Jorge. Gran Dios! Leonor! (*Volviéndose.*)

Leonor. Silencio! (*Mézclase con la multitud.*)

Jorge. Beltran!

ESCENA VII.

DICHOS. BELTRAN. Luego RUFFI.

Beltran. Ahora, milord, ya podeis (*A Morton.*) enviarnos

armas y municiones... Aquí traigo soldados... (*Señalándole la turba.*)

Morton. Habeis tenido suerte, Beltran!

Beltran. No, milord; es que los franceses no se han defendido.

Andrés. No se han atrevido.

Jorge. Aun no se ha puesto el sol.

Beltran. Que volverá á salir mañana... cuando quieran... y cuando queráis, caballero... (*Entre tanto Ruffi habla aparte á Morton y luego responde á Beltran.*)

Ruffi. Y sereis satisfecho, Beltran, porque va á empezar otra vez el asalto

Beltran. Bien! sea enhorabuena!

Ruffi. Pero es preciso que sepais la causa de este nuevo esfuerzo. Me han informado mis espías que una diputacion de la clase media, compuesta del abogado Maffei... del banquero Negroni... y otros, acaudillados por esa feroz Leonor Pimentel, se ha presentado en el campamento francés, y han suplicado á Championnet que no los abandone á la cólera del pueblo.

Andrés. Cobardes!

Beltran. Padre!

Ruffi. Y para decidir al general á intentar un nuevo asalto, se han comprometido á entregarle uno de los fuertes de la ciudad.

Andrés. Traidores!

Beltran. Y cuál? (*Con frialdad.*)

Ruffi. El vuestro quizás.

Leonor. (*Aparte.*) Somos perdidos!

Ruffi. Por lo demas, se ha dado á todos los fuertes el aviso de traicion, y he querido traerle yo mismo aqui, pues vos teneis las llaves de la ciudad en vuestras manos.

Andrés. Y desdichado del traidor que se encontrare en este recinto!

Beltran. No se habrá atrevido á venir ninguno... Estamos aqui, padre; ya pueden llegar los franceses.

Jorge. Ya vienen... ya han roto la (*Señalando las tropas francesas.*) marcha para atacar...

Beltran. Cada uno á su puesto, camaradas. (*Movimiento general.*)

Morton. Beltran, manteneos firme en el fuerte; yo me vuelvo á mis buques, y nuestros fuegos unidos harán

inútil esta tentativa: á Dios, Beltran; sed valiente como hasta aqui! Venid, marques... (*A media voz á Ruffi.*) Seguidme, señores. (*A su acompañamiento, y vanse.*)

ESCENA VIII.

BELTRAN. JORGE. LEÓNOR. ANDRÉS. PEDRO. *Luego* JOB, &c.

Andrés. Siempre delante este oficial. (*Al pasar, despues de haber dado algunas órdenes.*) Retiraos, caballero; nos vamos (*Alto y bruscamente.*) á batir, y no sería justo que os matase una bala francesa.

Jorge. Obligado estoy aqui á obedecer... sin embargo desearia...

Beltran. Quedarse aqui sería hacerme sospechar de que hay en esta ciudadela traidores con quienes quereis entenderos.

Jorge. Pobre Leonor! (*Mirando á Leonor, y en voz baja.*) Obedezco. (*Alto, y éntrase.*)

Beltran. Al pie de esas murallas, á la (*A Andrés señalándole la escalera del fondo.*) izquierda, hay un puesto importante, que fio á vos, padre.

Andrés. Descuida, que por ahí no entrarán los franceses (*Vase por la escalera con algunos Lazzarones, y mientras Beltran va á acompañarlos, algunos napolitanos disfrazados de Lazzarones se acercan á Leonor.*)

Leonor. Esa es la torre que los franceses quieren atacar por (*Bajo á uno de ellos.*) la poterna, contando con encontrarnos alli.

Napolitanos. Bien...! vamos allá. (*Bajo, y vanse.*)

Beltran. Pedro, lleva á esas mugeres á parage seguro.

Pedro. Vamos, andando... familia...! Eh! Job, á ver vienes aqui!

Job. Pero mirad que aun no he comido nada...

Pedro. No importa; me romperás los cartuchos, y con eso entretendrás los dientes... Vamos! adelante vosotro
Y tú sígueme. (*A Job.*)

Job. Detras? Obedezco. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

LEONOR. BELTRAN.

Beltran. Ah! ya te conozco...! es mi (*Óyese un cañonazo.*) padre, que les envia su bendicion.

Leonor. Si entra en la torre, somos perdidos; veamos de entretenerle.

Beltran Diantre! qué haces tú aqui, (*Reparando en Leonor.*) muger...? mira que este no es buen sitio para librarse de la lluvia de hierro que no tardará en empezar.

Leonor. Tranquilízate, que no morirás aqui, Beltran el Terrible.

Beltran. No es eso en lo que ahora pienso! El fuego de estas piezas es inútil... (*Acercándose á los cañones.*) es pólvora perdida... Id al baluarte (*A los artilleros.*) del Este; desde allí únicamente alcanzareis á los franceses. (*Vanse.*) Aun estás ahí...? Vamos, vete... (*Viendo otra vez á Leonor.*) Te digo que te vayas...!

Leonor. A buen seguro que no te portarias tan brutalmente conmigo, si en vez de ser una pobre muger de pescador, fuese no mas que la criada de la señora Leonor Pimentel.

Beltran. Leonor Pimentel...! Conoces tú á Leonor?

Leonor. Sí, Beltran, la conozco desde el dia en que por primera vez me habló de tí...

Beltran. Te habló de mí...! Ah! eso no es cierto; me engañas.

Leonor. Escúchame, y verás si me engaño... No divisas desde aqui el templo de Pestum?

Beltran. Sí, allí, iluminado por los últimos rayos del sol.

Leonor. Pues bien, te acuerdas de una tarde en que á estas horas, poco mas ó menos, pasaban en los dos extremos de esas ruinas dos escenas casi idénticas?

Beltran. Mucho tiempo hace ya.

Leonor. Segun eso lo has olvidado.

Beltran. Oh! no... Bajo el pórtico del templo, habia una muger vestida con una túnica blanca sentada sobre los restos de un altar; cercábanla los mas nobles señores, las mas bellas damas de Nápoles, sentados todos entre aquellas ruinas, inmóviles como ellas, con la vista clavada en aquella muger, cuyos ojos fijos en el cielo parecian leer en el libro de los ángeles los versos que recita-

ba... no... no lo he olvidado... no he olvidado aquella muger, que era Leonor Pimentel.

Leonor. Cierto, Beltran; y al otro extremo del templo, un jóven apoyado indolentemente contra un plátano, con la guitarra en la mano, con el gozo en sus miradas, con la sonrisa en sus labios, y con voz libre y sonora, cantaba una tarantela que arrebatava á los que la bailaban, entre las risas estrepitosas y los aplausos entusiastas de los oyentes... Aquel jóven eras tú!

Beltran. Sí... pero si tú te hallaste allí, debes acordarte que habiendo llegado una vez hasta el grupo de mis Lazarones los cantos de aquella muger fueron desfilando todos, uno tras otro, atraídos por el canto de aquella voz... hasta la siguieron los bailarines, y el pobre improvisador se quedó solo.

Leonor. Y él tambien, si no me engaño, siguió á los demas para ver á la rival que le disputaba los aplausos del pueblo, y al encontrarse en su presencia, en vez de encolerizarse no pudo menos de admirarla; la escuchó con respeto, lloró, pero no de envidia, sino de entusiasmo, y cuando todos aplaudian arrebatados, él cayó de rodillas, con los ojos clavados en ella como en una Madona.

Beltran. Es cierto. Quién te ha contado eso?

Leonor. Leonor que le vió, y que se envaneció de ello!

Beltran. Le vió, se envaneció... y no le habrá olvidado...!

Ah! pero ella sabe tambien que yo la amo! sabe que desde entonces huyó de mi corazon la alegría, de mis labios la sonrisa, de mi boca las canciones...! sabe que una mirada suya me privó de todo... de mi corazon, de mi cabeza... de mis ilusiones... que todo fue absorbido por ella!

Leonor. Ella, sin embargo, no se atreveria á creer en tanto amor!

Andrés. (*Dentro.*) Beltran!

Leonor. (*Aparte.* Le llaman...) Y si se atravesiese á creer en él, acaso sería feliz.

Beltran. Feliz...! feliz con mi amor?

Andrés. (*Dentro.*) Beltran!

Leonor. Y quizá me haya encargado que te lo diga.

Andrés. Beltran...! en dónde estás? (*Sale seguido de los suyos.*) qué haces ahí? Los franceses nos han engañado

otra vez con un falso ataque... Por aqui, (*Señalando al fondo y á la torre.*) y no por alli, es por donde vienen, y parece que no hay nadie para recibirlos.

Beltran. Id allá, padre mio!

Andrés. Ven tú tambien, y tráenos gente, pues los franceses no se harán esperar. (*Vase por la torre.*)

Beltran. Ya os sigo, padre mio, ya os sigo. Con que ella te ha encargado (*A la vieja.*) que me lo digas?

Leonor. Pues qué, tú crees que ha podido ver, sin reparar en él, á ese hombre vagando siempre en torno de su casa? Crees que unas miradas como las tuyas se fijan con tanto amor en la frente de una muger sin causarla impresion alguna?

Beltran. Ah! tú me engañas... te empeñas en volverme loco: eso no es cierto.

Andrés. (*Dentro.*) Beltran! vienes...?

Beltran. Sí, sí... pues yo no quiero oirte mas; me metes miedo... tu voz me hace temblar... tus palabras me desgarran el corazon como las palabras de un demonio.

Leonor. Y como un demonio, abrasaré (*Deteniéndole.*) cuanto toque, no es verdad? (*Le coge la mano.*)

Beltran. Oh! sí... y esta mano... esta mano blanca é inermeme como la de un niño... me quema aun mas... quién eres pues?

Leonor. Ven, ven aqui y te lo diré! (*Apartándole de la poterna.*)

Andrés. Beltran! vienes? (*Mientras tanto se ven pasar algunos napolitanos que entran en la torre.*)

Beltran. Sí, padre, sí... allá voy... Vamos... quién eres...? habla... habla!

Leonor. No lo has adivinado...? ah! no me amas, segun eso?

Beltran. Leonor...! vos... vos aqui... esto es un sueño... yo estoy loco...! no, esto es mentira...! y ese trage...

Leonor. Con él podia aproximarme á tí...

Beltran. Leonor...! Leonor...! (*Casi de rodillas.*)

Andrés. Beltran!

Leonor. Beltran!

Beltran. Pero no, esto es una tentacion del infierno, cuyo juguete soy... Padre mio, allá voy, allá voy...

Andrés. No vengas: ya es tarde! (*Apareciendo en el umbral de la torre, todo ensangrentado.*)

Beltran. Ah! maldicion...! (*Cierra la puerta de la torre. Empieza á anochecer.*) Pues bien! moriremos aqui, padre mio! (*Derriban la puerta de la torre, y entran los franceses: sale Jorge.*)

ESCENA X.

DICHOS. SOLDADOS FRANCESES. JORGE. OFICIALES, &c.

Oficial. 1.º Rendíos...! rendíos...!

Beltran. Jamas!

Leonor. Deteneos! respetad á este hombre!

Jorge. Respetad y obedeced á la que os ha entregado esta fortaleza; obedeced á Leonor Pimentel!

Andrés. Leonor...! Ah! Beltran, qué es lo que has hecho?

Beltran. Señora, esto es horrible!

Jorge. Teniente, desarmad á esos (*Que ha hablado bajo al oficial.*) hombres!

Leonor. Jorge...! Beltran no puede (*Bajo á Jorge.*) quedar prisionero... os ha salvado la vida... y yo quizá he abusado en demasía de un amor...

Jorge. Os comprendo, Leonor... comprendo que deseais salvarle... sea lo que gustéis...

Leonor. Gracias, Jorge!

Jorge. (*Al oficial.*) Llevaos esa gente! (*Los Lazzarones vanse. Entre tanto, Leonor cuelga una escala de cuerda en una almena.*)

Leonor. Ya os acordais bien; pero antes alejad los centinelas. (*A un napolitano.*)

Andrés. Beltran! me he engañado tambien esta vez sobre esa muger...? Mi odio hácia su linage era demasiado legitimo, y demasiado sabia yo... la perfidia de su madre encerró á la tuya en el sepulcro.

Beltran. Y Leonor...

Andrés. Acaba de deshonrarte, y llegará dia en que te envíe al cadalso. (*Vanse tras de los prisioneros.*)

Leonor. Beltran...! Ahí teneis una (*Deteniéndolos.*) escala de cuerda; una barca se halla al pie del muro... entrad en ella con vuestro padre...

Beltran. No hagais eso, señora, no lo hagais, porque la Calabria me ofrece ancho campo, la Calabria está llena

de valientes... y si yo me escapase sería para comenzar otra guerra de esterminio y desolacion...

Andrés. Guerra á muerte!

Leonor. Al salvarme la vida no me impusisteis condicion alguna...

Beltran. Pues bien...! ya que os empeñais... pero desgraciada... desgraciada de vos, señora! (*Noche.*)

Andrés. Sí, y para empezar... (*Amenaza á Leonor.*)

Beltran. Padre mio! nosotros no (*Deteniéndole.*) somos nobles; no queremos triunfar ni con la astucia ni con el asesinato... pero nos vengaremos con la guerra y la victoria.

Leonor. Idos pues!

Beltran. A Dios, señora, y rogad por los vuestros!

Leonor. (Oh! tiene sobrada razon!) (*Apártase con Jorge.*)

Beltran. Venid, padre mio! pasad adelante!

Andrés. No, no; pasa tú primero... yo soy un viejo, herido, inútil... en vez que tú... tú tienes que llevar á cabo una venganza... Quizá si volvieses no bajarías.

Beltran. Oh! padre mio, lo que es ahora, quiero vivir para maldecirla!

Andrés. Anda pues! Ya bajó... (*Beltran desaparece.*) Oh! que no viniese ahora por aqui!

Jorge. Ya nada oigo... voy á quitar (*A Leonor en el foro.*) la escala. (*Se acerca á la almena en donde está fija la escala, para quitarla.*)

Centinela. (*Dentro.*) Quién vive?

Andrés. Primero, él.

Centinela. (*Dentro.*) Quién vive?

Andrés. Mejor harías en preguntar (*Da una puñalada á Jorge y lo arroja por encima de una almena.*) quién ha muerto! (*Los soldados entran gritando: á las armas! á las armas!*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Un salon en el palacio del gobierno.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, herido, con la cabeza vendada. RUFFI.

Ruffi. Vos aqui, Andrés!

Andrés. Sí, monseñor; hace ya dos dias que Beltran entró vencedor en la ciudad, viniendo á alojarse en el palacio del gobierno, y apenas he podido hablarle todavía.

Ruffi. Voy á que le avisen de que estais aqui...

Andrés. Gracias, monseñor; le esperaré. (*Busca una silla.*)

Ruffi. Por aqui, Andrés... Terrible ha sido esa herida.

Andrés. (*Sentándose.*) Mis ojos se van apagando por momentos, monseñor, y se acerca el término de mi existencia; pero moriré contento si despues de haber visto á Beltran regresar de general á esta ciudad, de la que salió como un pordiosero, veo tambien que lleva á cabo la venganza que debe á su honor y á su familia, haciendo morir á esa execrable Leonor Pimentel.

Ruffi. Odiais sobremanera á esa muger.

Andrés. Y con justicia, monseñor!

ESCENA II.

DICHOS. LADY MELTON.

Lady. Marques... ah... segura estaba de encontraros aqui...

Ruffi. Llegais...

Lady. Ahora mismo; no precedo mas que uu dia, quizá de algunas horas, á lord Morton, encargado de tomar el mando de la ciudad.

Ruffi. Eso es anunciarme que estais en el poder.

Lady. Os engañais, marques; yo no sé qué secreto pensamiento dirige á lord Morton, pero lo cierto es que á no haberme adelantado, y á no haber arrancado firmada del rey esa lista de proscritos que es preciso hacer ajusticiar hoy mismo... todos nuestros enemigos eran perdonados.

Ruffi. No os habeis olvidado ninguno?

Lady. Leed... está escrita de mi mano.

Ruffi. Maffei... Caraffa... Leonor Pimentel.

Andrés. (*Levantándose.*) Leonor Pimentel!

Lady. Quién es este hombre?

Ruffi. El abuelo de Beltran; milady.

Andrés. Que aborrece á Leonor, aun mas que vos.

Lady. Y Beltran deberá ahora participar tambien de ese implacable rencor.

Andrés. Quiéralo Dios!

Lady. Pues que no se apagó el amor que la profesaba el dia en que tan descaradamente hizo de él su juguete, para salvar á su amante y entregar á los franceses el fuerte de San Telmo!

Andrés. Desde aquel dia no ha vuelto á proferir su lengua el nombre de Leonor.

Lady. Y qué significa ese silencio?

Andrés. Dios lo sabe, milady... A veces, viendo el furor con que se arrojaba al combate, he creido que ese silencio ocultaba un rencor, que no anhelaba la victoria sino para satisfacerse mas; en otras ocasiones, testigo del decaimiento que sucedia á sus arrebatos, he temido no hubiese bajo ese silencio mas que la desesperacion en busca de la muerte.

Lady. Apresuraos pues, Ruffi, en llevar esta orden á Beltran; mandad... ú obtened su cumplimiento; seguid de cualquier modo el objeto; porque, os lo repito, mañana puede llegar lord Morton, y yo no sé por qué capricho se interesa en favor de Leonor Pimentel.

Ruffi. Voy allá, milady... pero si mal no me acuerdo, por algunas preguntas que me ha hecho lord Morton creo que ha conocido á la familia de la madre de Leonor, Margarita Storelli. (*Vase.*)

ANDRÉS. LADY MELTON.

Andrés. Margarita! ah! esa murió antes que mi saña pudiera alcanzarla; pero Leonor no se me escapará.

Lady. Con que aborreceis mucho á esa muger?

Andrés. Oh! sí, milady, y por el pronto debe ya llorar la muerte de su amante.

Lady. Pues cómo! Ha muerto Jorge, por quien tanto se interesaba tambien lord Morton, y á quien cree aun en vuestra granja...?

Andrés. Yo le acometí en el fuerte de San Telmo, pero el brazo del anciano no tenia fuerza; ademas estaba ya herido, y por eso Beltran pudo sacarle vivo del mar, adonde yo le habia precipitado.

Lady. Y sin duda al reconocer en él el amante de la que tan indignamente le acababa de engañar, devolvió su presa á la muerte.

Andrés. Nada de eso, milady; en aquel momento Beltran casi levantó la mano contra su padre moribundo que habia querido vengarle, y arriesgando su vida, dirigió nuestra barca hácia la costa y depositó á Jorge en mi granja, confiándole al cuidado de Catalina.

Lady. Y allí...

Andrés. Allí estaba todavía esta mañana... allí iba á verle esa Leonor.

Lady. Pero no decís que ha muerto?

Andrés. Ah! milady, ayer en la embriaguez del asalto, Beltran mandó perseguir y asesinar á todos los franceses que pudieran haberse á las manos: entonces me acordé yo de que en la granja habia uno, el mismo que sin duda ayudó á Leonor en su infame ardid, el mismo á quien ella amaba, y no pudiendo ejecutar por mí mismo la orden, dije á uno de los nuestros en dónde podria encontrar una víctima.

Lady. Y ese hombre...

Andrés. Le estoy esperando, milady!

Lady. Pero me parece que no aborreceis á Leonor únicamente por el amor de vuestro hijo hácia ella; hace poco, os habeis estremecido al oir el nombre de Margarita Storelli.

Andrés. Ah! milady, esa es una historia deplorable.

Lady. Y Beltran...

Andrés. La ignora, milady, y será preciso que yo se la cuente en presencia de todos, para hacerle sonrojarse de su cobardía.

Lady. Espero que me la conteis... y acaso si vacilara...

Andrés. Promettedme mi venganza, milady, y volveré á abrir por vos esta antigua herida de mi corazon.

Lady. Yo quiero perder tambien á esa muger.

Andrés. Entonces, escuchad...

Lady. Callaos, alguien viene.

ESCENA IV.

DICHOS. CATALINA. PEDRO.

Pedro. Ahí está vuestro abuelo, Catalina, y él os dirá qué tal era la orden de Beltran. (*En voz baja.*) Cuidado con que Andrés no llegue á traslucirlo.

Andrés. Ah! es el que envié á la granja.

Catalina. (*Dirigese á Andrés y le hace señas.*)

Andrés. Si apenas te veo, hija mía... Qué quiere decir?

Pedro. Que vuestras órdenes han sido fielmente ejecutadas.

Andrés. Ya lo oís, milady... (*A Catalina.*) Y por qué has venido aquí?

Pedro. Para ver á Beltran.

Lady. (*En voz baja.*) Eso es imposible...! Si sabe la muerte de Jorge, retrocederia ante una doble venganza.

Andrés. Hoy no puedes ver á Beltran, Catalina... mañana.

Catalina. (*Da muestras de impaciencia.*)

ESCENA V.

DICHOS. RUFFI.

Lady. Qué hay, marques?

Ruffi. Nada, nada absolutamente he podido conseguir.

Lady. Pues qué, ha rehusado...

Ruffi. No, pero despues de haber dado una ojeada sombría á la lista... la rechazó con violencia diciéndome: mañana... esta noche...!

Lady. Y no le habeis dicho que era orden del rey?

Ruffi. Mañana, me ha respondido con esa voz imperiosa...

Lady. Pero mañana será ya demasiado tarde... Yo quiero ver á Beltran, marques... quiero verle al instante.

Andrés. Quizá si yo os hubiera dicho el secreto de mi rencor...

Lady. Teneis razon; venid, Andrés, nos saldremos con la nuestra; y en cuanto á lord Morton que la protege, y que tan altanero está con sus títulos y su poder, acaso le recuerde yo que en otro tiempo no era mas que el caballero Dudley.

Andrés. El caballero Dudley! Ah! ahora sí, ahora sí que es preciso que me oigais.

Lady. Al momento... (*A Andrés.*) Vamos! Venid, marques.

Andrés. (*A lady Melton.*) Ya os sigo... (*A Catalina.*) Vamos, Catalina, ven, dame tu brazo. (*A Pedro.*) Y tú síguenos. (*Entran Lazzarones, y luego Beltran acompañado de oficiales.*)

Beltran. (*A los oficiales.*) Está bien, señores, esperareis mis órdenes.

Lazzaron 1.º Beltran, siempre somos tuyos.

Beltran. Cuento con ello, amigos míos. (*Vanse todos.*)

ESCENA VI.

BELTRAN, *solo.*

Ah! maldicion sobre mí! héme ya en el poder que tanto anhelaba para vengarme mejor, y el primer dia en que puedo ejercerlo se me escapa por mi ignorancia y mi cobardía...! Oh! razon tenia mi padre al echarme en cara mi pereza... Ese Ruffi acaba de traerme una lista de proscritos, y yo ignoro si en ella está el nombre que quisiera poner, y no me he atrevido por vergüenza á preguntárselo...! Leonor! Leonor! bien has merecido la muerte...! y sin embargo, si yo supiera que tu nombre estaba entre los demas, le borraría, aunque debiese perder el fruto de todo lo que he hecho por tí... y contra tí, que tan vilmente me has engañado... Mas qué haré, Dios mio...? entregarla al verdugo sin saberlo... es horroroso...! Dejarla impune...? Oh! no, porque al fin yo la

habia salvado... y á él tambien... á los dos...! y ella vino burlándose de un corazon que la adoraba, á arrancarme la poca gloria que habia adquirido... Por salvar á Jorge, no titubeó en deshonorarme...! Oh! no, es imposible! eso sería ya una infamia...! Yo he arrancado á ese hombre por segunda vez de las garras de la muerte... he querido que viviera... pero para encontrarle otra vez con la espada en la mano... para que muera, no por ser francés, sino por ser su amante. Ah! es preciso que ella viva hasta entonces, para que vea como sé vengarme; y luego, si la entregan al verdugo, la culpa no será mia... Ah! perderé el juicio...! Esta orden del rey es preciso que se ejecute hoy mismo... Dios mio! qué haré...? cómo sabré...? *(Catalina entra en el salon.)*

ESCENA VII.

DICHOS. CATALINA.

Beltran. Catalina! Catalina!

Catalina. *(Le hace señas de que se calle, porque hay alguien cerca.)*

Beltran. Qué vienes á hacer aqui?

Catalina. *(Hace un gesto.)*

(Se abre la puerta; Catalina se oculta detras de Beltran.)

Un Ugier. Lady Melton desea hablaros, general.

Beltran. Viene sin duda á pedirme la lista que ella misma ha dictado, y que ella misma ha traído, estoy seguro.

Catalina. *(Le señala la lista preguntándole qué es?)*

Beltran. Ah! Catalina! Catalina! tú sabes leer, no es verdad?

Catalina. *(Manifiesta que si.)*

Beltran. *(Al ugier.)* Decid á lady Melton, que dentro de algunos minutos estoy á sus órdenes. *(Vase el ugier.)* Y ahora tú, Catalina, me dirás los nombres que contiene esta lista.

Catalina. *(Siempre por señas; puedo leer, pero no hablar.)*

Beltran. Verdad es... pobre criatura...! Oh! Dios mio!

Catalina. *(Pero tú puedes decirme esos nombres.)*

Beltran. Decírtelos... tienes razon, Catalina, sí, yo sé qué personas han podido proscribir... Ahí estará el de Maffei...

Catalina. (Si.)

Beltran. Los de Pozzo? — (Si.) Caraffa? — (Si.) Negroni? — (Si.) Yo tiemblo.

Catalina. (Adelante.)

Beltran. No han puesto el de alguna muger?

Catalina. (Señalando con el dedo el sitio en que se encuentra este nombre.)

Beltran. Y ese nombre...

Catalina. (Es el de aquella que canta tan bien, y á quien tú amas.)

Beltran. El nombre de Leonor, no es verdad? Ah! maldicion sobre ellos...! Con que quiere decir que despues de todo lo que he trabajado, no tengo el derecho de pedir la vida de una muger que es la honra de la Italia, y por quien los he defendido, pues solo por salvarla tomé yo las armas?

Catalina. (Se aleja llorando.)

Beltran. Lloras, hija mia? Oh! perdóname...! Lo sé... pero cielos...! será preciso que tú tambien la aborrezcas...?

Ugier. General, lady Melton aguarda.

Beltran. Lady Melton! Ah! borra ese nombre, Catalina.

Catalina. (Vacila.)

Beltran. Ah! bórralo, te suplico que lo borres.

Catalina. (Borra el nombre, y da la lista á Beltran.)

Beltran. Gracias, angel de bondad, gracias!

Catalina. (Le aparta de sí, y vase volviendo la cabeza.)

ESCENA VIII.

BELTRAN. LADY MELTON.

Lady. (Entrando.) Morton va á llegar... démonos prisa. General, (A Beltran.) el marques Ruggiero os ha dado una orden del rey.

Beltran. Sí, milady.

Lady. Y esa orden debe cumplirse hoy mismo.

Beltran. Se cumplirá... Hola! (Se presenta el ugier.) Decid al capitan Baranti que ponga sobre las armas á su compañía, pues hay que prender y conducir al fuerte donde se halla la comision militar á las personas cuyos nombres le daré, las cuales deben ser juzgadas y ejecutadas hoy mismo... Id.

Lady. (*Aparte.*) Tal obediencia me estraña.

Beltran. Debereis estar satisfecha, milady.

Lady. Efectivamente, porque supongo que no se habrá cambiado una sola palabra de la orden de S. M.

Beltran. Cumpló esta orden bajo mi responsabilidad, milady, y mi cabeza responderá de lo que en ella pueda faltar.

Lady. Beltran, á Massaniello, cuya fortuna habeis renovado, le volvió loco su grandeza... á vos será el amor quien os haga perder la razon.

Beltran. Milady!

Lady. Habeis borrado de esa lista el nombre de Leonór Pimentel.

Beltran. Y si fuera verdad...

Lady. Si fuera verdad, sería preciso hacer pedazos esa orden, porque todos los que en ella van comprendidos son igualmente culpables.

Beltran. A los ojos del rencor!

Lady. No es necesario aborrecer á Leonor Pimentel para reconocer su crimen, y vos lo sabeis mejor que nadie.

Beltran. Puede ser!

Lady. Antes de la toma de Nápoles no estaba en relaciones con los enemigos? Vos lo sabeis bien, pues vísteis entrar por la noche en su casa á un oficial francés... Era su cómplice, ó su amante...?

Beltran. Milady!

Lady. No estuvo en el campo francés con Maffei, á prometer á Championnet entregarle uno de los fuertes de la ciudad? Bien lo sabeis, porque fue el vuestro el que escogió, el vuestro, en donde se burló con tanta imprudencia de vuestra credulidad.

Beltran. Mas todavía!

Lady. Era porque abria á los enemigos las puertas de Nápoles, ó porque vos teniais en él prisionero á su Jorge?

Beltran. Basta, milady!

Lady. Y finalmente, despues que salvasteis por segunda vez á ese misterioso oficial, iba ella todas las noches á vuestra granja para continuar con él sus culpables manejos, ó para velar por la existencia de su amante?

Beltran. Y eso es cierto?

Lady. Vuestro padre podrá decíroslo.

Beltran. Iba allá todas las noches!

Lady. Catalina podrá asegurároslo.

Beltran. Y me lo han ocultado!

Lady. Y qué quereis que digan, Beltran, al hombre que es á un tiempo el terror y la irrisión de Nápoles, al hombre que puede sentarse junto al trono, y que es esclavo de una muger sin pudor...? A vos, Beltran, de quien ella decia ayer, en ese estilo poético que tanto os agrada: entre en Nápoles; que yo conduciré al tigre sujeto con las cintas de mi tocado.

Beltran. Iba allá todas las noches!

Lady. Esta es la hora en que acostumbra á ir...

Beltran. Pues bien, milady, no volverá á ir; tomad esa lista, y en cuanto á ese nombre...

Lady. Yo sabré escribirle segunda vez.

Ugier. General, la señora Leonor Pimentel desea hablaros.

Beltran. Leonor...! que entre.

Lady. Leonor...! ya veis... dadme esa orden.

Beltran. Todavía no, milady; quizá viene á justificarse.

Lady. De haber haber hecho traicion á Beltran, ó de haber vendido á su pais?

Beltran. No lo sé, milady; pero no morirá.

Lady. Ah! Beltran...! cuidado con lo que haceis!

Beltran. Está bien, milady.

Lady. (*Ap.* Me queda aun el secreto de Andrés, que perderá á entrambos.)

Ugier. La señora Pimentel.

Leonor. (*Entrando.*) Lady Melton!

Lady. Que os cede el sitio, señora! He leído algunas de vuestras comedias... pero no tengo curiosidad de véros las representar. (*Vase.*)

ESCENA IX.

BELTRAN. LEONOR.

Beltran. (*Ap.* Tiene razon; quizá hoy será lo mismo que en el fuerte de san Telmo!)

Leonor. General!

Beltran. Señora!

Leonor. Vengo á pedir os el perdon de los vencidos.

Beltran. Vos, señora, vos!

Leonor. Yo.

Beltran. Pues qué, no tienen una muger, una hermana,

una hija, que se atreva á acercarse al feroz Beltran, que han ido á escogeros para semejante mision?

Leonor. Un amigo fiel que ha quedado con el rey nos avisó de la orden que lady Melton traía á Nápoles, y hace algunas horas, no faltan mugeres y hermanas en la mayor desolacion que abrazarian las rodillas del vencedor, aunque éste las hiciese caer á sus plantas, para obtener la vida de padres y de esposos; yo he recogido sus lágrimas, sus lamentos; yo me he encargado de traéroslos y deciros: No descargueis vuestros golpes sobre el enemigo desarmado; no enviéis al cadalso á los que vuestra espada ha perdonado.

Beltran. No estabais menos bella, señora, el dia en que vinisteis al fuerte de San Telmo, y en que con tanta facilidad me engañásteis.

Leonor. Beltran, entonces comenzaba yo la lucha que vengo á concluir aqui.

Beltran. Y eso es cierto, señora?

Leonor. En el fuerte de San Telmo aseguraba el éxito de mi partido; aqui vengo á espiar su derrota... Cuando un pueblo se rebela, no se hace desaparecer de la tierra la mitad de él; se le obliga á volver á la sumision, derribando la cabeza que le ha estraviado, y yo vengo á traerlos la mia.

Beltran. Ah! Leonor! Leonor! Mirad, leed esa sentencia de proscripcion; no hay mas que un nombre borrado, y es el vuestro, señora... Me he apiadado de vos... y vos no me engañareis mas.

Leonor. Beltran, mi nombre debe quedar ahi escrito, ó se han de borrar tambien todos los demas.

Beltran. Eso mismo me decia lady Melton poco há.

Leonor. Y tenia razon, general; si quereis ser el vencedor implacable que castiga á todos los enemigos que caen en su poder, el hombre de partido que quiere ahogar la revolucion con la sangre, y sujetar á una nacion entera por medio del terror, castigad, condenad, envid al cadalso á todos los culpables... Esa compasion hácia una muger, os la achacarian á injusticia, veríase en ese perdon una debilidad de amor, y yo no quiero que se os escape otra vez por mi culpa el alto renombre á que aspirais.

Beltran. Ah! y vos teneis sin duda mas que nadie el

derecho de tratarme como á un hombre sediento de sangre, no es verdad?

Leonor. Pues bien, Beltran, quereis ser el hombre que no conoce enemigos mas allá de la victoria, el que interpone su espada-vencedora entre la cólera sorprendida del monarca y el hacha del verdugo? Quereis ver coronada de bendiciones esa frente tan terrible en las batallas, y bañadas en lágrimas de reconocimiento esas manos teñidas aun con la sangre de vuestros enemigos...? Entonces, perdonad; Beltran, proteged á todos los que os imploran por mi medio... Salvadlos, Beltran; salvadme si quereis, y me envaneceré de deberos mi existencia.

Beltran. Ah! Leonor, si no me hubieseis vendido, yo habría sido todo eso.

Leonor. Y lo sereis aun; mi corazon no me engaña jamas.

Beltran. No, es imposible!

Leonor. Pues qué, yo no os conozco? No os dije un dia, en el mismo instante en que los celos estaban abrasando vuestro corazon, salvad á este hombre, y le salvasteis?

Beltran. Fui un loco.

Leonor. No me presenté en aquel fuerte, en que mi nombre hubiera sido mi sentencia de muerte á no haber estado vos allí? y cuando por cumplir un juramento hecho á mis hermanos abusé de vuestro amor, no detuvisteis el brazo de vuestro padre, que iba á asesinar-me? no salvasteis por segunda vez al que creiais vuestro rival?

Beltran. Y esa es la razon de haberse acabado ya mi clemencia, señora.

Leonor. Y ahora que vengo á pedirlos que salveis vuestra gloria, que illustreis vuestro nombre con una accion que os valdrá la aprobacion de las almas grandes y el respeto de vuestros enemigos... me lo negareis, Beltran?

Beltran. Es preciso.

Leonor. No, no... vos hareis lo que os pido, Beltran, porque habeis nacido tan humano como grande; porque no me he engañado sobre la nobleza de vuestro corazon; porque conozco las grandes pasiones que en él se abrigan... lo hareis, sí, porque me amais... porque os amò.

Beltran. Vos...! Leonor... Oh! esta vez no es un error, no es cierto...? Sereis obedecida; los salvaré... Pero... Leonor, he oido bien...? vos me amais?

Leonor. Os lo he confesado cuando os suplicaba, y ahora

ya no me atrevo á repetíroslo... porque os he engañado una vez.

Beltran. Oh! bendito mil veces aquel ardid que tanto me ha hecho sufrir, si para justificaros no os ha parecido demasiado semejante confesion... porque ya no me engañais, verdad? y ese Jorge...

Leonor. Beltran, su secreto y el mio son el de una tumba, y no quiero remover cenizas sagradas... Pero dia llegará acaso en que pueda descubríroslo todo, y entonces vereis si es cierto que os amo.

Beltran. Leonor! Leonor...! Qué quereis que sea de mí...? á qué rango anhelaís que suba?

Leonor. Beltran, acordaos de que hay una porcion de infelices que aguardan...

Beltran. Sí, Leonor... podeis consolarlos...

ESCENA X.

DICHOS. LORD MORTON, *fuera.* CATALINA, *en el fondo.*
Centinelas.

Lord. (*Fuera.*) Que no salga de palacio sin orden mia ningun soldado ni oficial.

Beltran. La voz de lord Morton.

Leonor. El amigo de lady Melton, que viene sin duda á echaros en cara vuestra lentitud en cumplir sus órdenes... Oh! Beltran, me habeis prometido su salvacion.

Beltran. Nada temais, Leonor; quedaos.

Leonor. No, no, mi presencia menoscabaria vuestra generosidad.

Beltran. Esperad entonces un momento ahí, y vereis si Beltran cumple bien sus palabras: les prometí vencer, y héme aqui vencedor... Os he prometido su salvacion... y los salvaré. (*Vase Leonor: aparece lord Morton.*)

Morton. Os buscaba, general.

Beltran. Aqui me teneis, milord.

Morton. Sois valiente, lo sé; y es inútil decirlo á quien os ha visto combatir.

Beltran. Milord!

Morton. Pero ese valor ha tenido su recompensa con el grado de general.

Beltran. Que es demasiado, quizá?

Morton. Por lo menos es bastante... Porque hay un poder que habeis ejercido durante un solo dia, y del que habeis abusado de manera, que pesa sobre vos una terrible responsabilidad. Ayer, mientras el asalto, se dió una orden de buscar por do quiera y de esterminar á los franceses.

Beltran. Es cierto; y yo la dí, milord... Vos no estabais obligado como nosotros á volverse á apoderar de esta ciudad, casa por casa, á pelear contra hombres que es defendian en cada piso, en cada puerta; que aparecian en el momento en que se creía haberlos aniquilado... sí, milord, yo dí esa orden, y á ella debeis acaso el poderme hablar en este palacio, que he devuelto al rey de Nápoles para ser amenazado en él por un inglés.

Morton. Ese inglés es vuestro gefe por la voluntad del rey vuestro soberano; y si disimula una medida bárbara quizá, pero que el furor del combate puede justificar, debe sin embargo pedirnos cuenta de que esa orden no se haya suspendido asi que la ciudad ha estado en vuestro poder; de que esta noche, esta mañana todavía, hayan sido asesinados en las casas en que se hallaban ocultos varios franceses desarmados.

Beltran. Milord, no es posible que yo salga responsable de todos los escesos que pueden cometerse en una ciudad tomada por asalto.

Morton. Pero podeis responder de lo que vos mismo habeis ordenado?

Beltran. Siempre y do quiera, milord.

Morton. Pues bien, es cierto que esta mañana y por vuestro mandato se han dirigido algunos hombres á la granja de vuestro padre para asesinar en ella á un prisionero?

Beltran. Al comandante Jorge?

Morton. El mismo, que ha desaparecido de esa granja, cuyos moradores han abierto la puerta á los asesinos, que invocaban vuestro nombre; el mismo, á quien encontraron herido en su lecho, y á quien han arrojado al mar para ocultar su crimen; el mismo, cuya espada hecha pedazos y cuya ropa ensangrentada es lo único que he encontrado... Ya estaba yo cierto que vos le hariais asesinar...

Beltran. Yo, milord, yo...!

Morton. Vos...!

Beltran. Yo he hecho asesinar al comandante Jorge...!

Morton. Sí, vos le habeis asesinado; pero por respeto á la dignidad de que os hallais revestido, os doy de tiempo hasta mañana para justificaros: pasado este plazo ya no sereis para mí mas que un criminal.

Beltran. Milord, eso ya es insultarme demasiado, y me dareis satisfaccion de este ultrage!

Morton. Sé que sois valiente; y así, á un hombre como vos, cuando ha hecho caer la cabeza de un prisionero, no se le dice que es un cobarde, se le llama verdugo.
(*Vase.*)

ESCENA XI.

BELTRAN. LEONOR.

Beltran. Verdugo...! Ya lo habeis oido, Leonor...!

Leonor. Sí, ya lo he oido... Vergüenza y maldicion sobre mí...!

Beltran. Pues qué, Leonor... esa bárbara acusacion...

Leonor. No ha encontrado la espada de Jorge hecha pedazos y su ropa ensangrentada?

Beltran. Y vos lo creeis?

Leonor. Ah! debiera haberlo previsto... Los celos fatales, las amenazas que, segun me contó, le habiais hecho en el fuerte de San Telmo... vuestra horrible despedida... ah...! vos sois quien le ha asesinado!

Beltran. Y lo creeis vos?

Leonor. Y yo os he dicho que os amaba...! Oh! he mentido, mentido, sí, para ablandar al tigre sediento de la sangre de mis hermanos... Pero no... te desprecio... asesino!

Beltran. Leonor...! escúchame, por piedad...! no es cierto que yo...

Leonor. Mientes!

Beltran. Una sola palabra...

Leonor. Dejadme...! dejadme huir!

Beltran. Leonor!

Leonor. Apartaos... no me toqueis... vuestras manos estan teñidas de sangre!

Beltran. Leonor...! te suplico que me escuches...!

Leonor. Jámás!

Beltran. Yo te juro...!

Leonor. Mientes...!

Beltran. Jamas...! Pues bien, no saldreis de aqui, señora!

Leonor. Qué quereis decir con eso?

Beltran. Oh! nada temais; pero ese hombre me ha dado de tiempo hasta mañana, y... mañana saldreis de mi casa libre como habeis entrado en ella.

Leonor. Pero deshonorada... perdida!

Beltran. Os he dicho que os respetaré.

Leonor. Pero dirán que he querido rescatar mi vida al precio de mi deshonra!

Beltran. Y eso no será cierto, señora.

Leonor. Dirán que me he entregado al asesino del desdichado prisionero...!

Beltran. Y tampoco eso será verdad.

Leonor. Pero es horroroso!

Beltran. No es cierto!

Leonor. Oh! Dios mio...! Dios mio...!

Beltran. Ser inocente y verse acusado; gritar entre lágrimas y sollozos que no es uno culpable, y oír que le dicen: mientes...! Oh! es horroroso de veras.

Leonor. Perdon! clemencia, Beltran... he hecho mal... el dolor ha sido causa de mi extravío... La desesperacion por la muerte de Jorge...

Beltran. Desesperacion...! por su muerte...! ah! amabais mucho á ese hombre...! Le han muerto...! Tanto mejor, porque si aun viviera, yo mismo le mataria!

Leonor. Beltran...! Beltran...!

Beltran. Ah! ahora ya os asusta el tigre; ya no os atreveis á jugar con su amor... Y sin embargo, yo os amaba, señora... y habia salvado á ese hombre para que me miraseis con un poco de compasion.

Leonor. Ah! Beltran, sí, os creo; pero apiadaos de mí, os lo suplico por Dios...! Dejadme salir de aqui...!

ESCENA XII.

DICHOS. ANDRÉS. Luego LORD MORTON. *En seguida* CATALINA, que se presenta con JORGE. *Despues* LADY MELTON.

Andrés. Lord Morton...! Llamad á lord Morton!

Leonor. Ah! socorro...!

Beltran. Es mi padre, señora... el primero que os maldijo.

Leonor. Oh! que me mate si quiere. (*Abriendo la puerta.*)

Al menos moriré pura...

Andrés. Os digo que llameis á lord Morton.

Beltran. Para qué le querrá?

Andrés. Beltran, con que siempre la he de encontrar á tu lado, como el genio de tu perdicion!

Beltran. Padre mio, yo no amo ya á esa muger!

Andrés. Llamad pues á lord Morton, y si rehusa venir, decidle que el padre de Mariana desca verle.

Morton. (*En el fondo.*) El padre de Mariana! Qué que-
reis, anciano? (*Adelantándose.*)

Andrés. (*En voz baja.*) Voy á decírtelo al momento, caballero Dudley...

Morton. (*Aparte.*) Gran Dios!

Andrés. Pero antes debo hablar á lord Morton, que ha venido á acusar á mi hijo de haber asesinado al amante de esa muger...

Morton. Su amante...!

Andrés. Sabed pues que no ha sido Beltran, sino yo, quien le ha mandado matar!

Beltran. Vos...! Ah!! maldicion... padre mio, qué habeis hecho...?

Andrés. Me he vengado... y... (*Encuétrase con Jorge á su lado, á quien ha traído Catalina.*) Ah...! ah...! eres una sombra...? un fantasma...? Quién te ha salvado, di...?

Jorge. Catalina!

Todos. Catalina!

Beltran. Catalina!

Leonor. Ah! gracias, hija mia, gracias! (*Catalina se aparta de ella con orgullo y dolor al mismo tiempo: aparece lady Melton.*)

Andrés. Catalina...! que te ama, Beltran... Tambien ella me ha hecho traicion por esa muger...! Ah! Estará escrito que muera sin vengarme!

Beltran. Padre mio!

FIN DEL ACTO TERCERO.



Acto cuarto.

Gabinete en casa de Leonor, que da á unos jardines.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO. LORD MORTON.

Morton. Con que no sabes qué ha sido del viejo Andrés?

Pedro. Despues de la famosa escena que pasó en el palacio del gobierno, creimos todos que moriria de cólera reconcentrada... Por orden de su hijo se le dejó descansar, pero cuando se entró en el cuarto al cabo de dos horas, habia desaparecido, y hasta ahora nada se sabe de él. Lo que es yo prometo un cirio á San Genaro con tal de que no vuelva á aparecer mas ese viejo endiablado.

Morton. Pues qué te ha hecho?

Pedro. A mí nada; pero pudiera hacerme... porque yo fui el encargado de despachar al comandante Jorge... hace un mes, al otro dia del asalto.

Morton. Lo sé, y por eso te ha tomado á su servicio la señora Pimentel.

Pedro. Es preciso que la virtud sea recompensada.

Morton. Todavía no ha vuelto la señora?

Pedro. No, milord, y es tanto mas raro, cuanto que son ya las ocho de la noche, y la funcion empieza á las nueve...

Morton. Alguien viene...

ESCENA II.

DICHOS. LEONOR.

Leonor. Milord...! Vete, y no olvides (*A Pedro.*) ninguna de mis órdenes.

Pedro. Está bien, señora... Calla, esa (*Aparte, yéndose.*) puertecilla me era desconocida... bueno es saberlo.

Morton. Qué hay...?

Leonor. El billete de Jorge estaba concebido en estos términos: "Querida Leonor, esta tarde á las siete en punto te espero en la capilla de San Pedro..." Son las ocho; he estado esperando hasta ahora, y no ha parecido.

Morton. Quizá le habreis dejado adivinar de lo que queriais hablarle, y no habrá querido ver al padre que le abandonó.

Leonor. No, milord, podeis estar seguro de que esta ausencia es involuntaria; por otras razones de mucha gravedad, creo no equivocarme diciéndoos que si no ha acudido, es porque una causa poderosa se lo habrá estorbado.

Morton. Dios quiera que así sea, y ojalá que vos tambien, Leonor, hija de la muger á quien tanto amé, no alimentáteis mas locas esperanzas en favor de vuestro pais.

Leonor. Milord...

Morton. Leonor, vos me inspirais un interes que no puedo esplicaros; á cada nuevo esfuerzo que haceis por la libertad de vuestro pais os encuentro mas grande, y siento una admiracion mas pura y un respeto mas profundo hácia ese valor que nada es capaz de abatir. Pero al pensar en el desenlace que puede tener una tentativa abortada, tiemblo, Leonor; no me atrevo á decíroslo, porque prescindiendo de que os amo como á una hija, tanto para mí como para todo el mundo sería una terrible desgracia el ver subir al cadalso á Leonor Pimentel... Y lo harian, Leonor...!

Leonor. En verdad, milord, que á no saber que en vuestra amistad hay mucho de recuerdos de lo pasado, aumentariais mi vanidad; pero podeis estar tranquilo; no he hecho todo lo que habeis querido? No me he decidido á dar esta fiesta cuando mis amigos yacen aun en los calabozos, para tranquilizar á un poder demasiado celoso?

No he olvidado todos mis rencores políticos? Esta noche no estará aquí todo Nápoles...? No he convidado hasta á lady Melton?

Morton. Y yo os lo agradezco particularmente. Lady Melton es una enemiga poderosa...

Leonor. Ha sido vuestra voluntad... y para mí ha bastado... Ahora, ya lo veis, he olvidado por vos hasta los deberes de ama de casa... No quereis que me adorne sino con vuestros elogios, con vuestra admiracion... pero soy mas muger de lo que pensais... y si me permitís...

Morton. Con mucho gusto, ya que quereis añadir ese nuevo esplendor al de una fiesta cuyo recuerdo vivirá siempre en los napolitanos.

Leonor. (*Aparte.*) Asi lo espero.

Pedro. (*Entrando.*) Señora, los salones estan ya iluminados, y van llegando algunas personas.

Morton. Podria yo irme por esa puerta...? porque no quiero que me encuentren en este traje...

Leonor. Sí, y saldreis á dos pasos de vuestro palacio.

Morton. Hasta luego.

Leonor. Hasta despues. (*Vase por la izquierda, y Morton por la derecha.*)

ESCENA III.

PEDRO. LADY MELTON.

Pedro. No me hubiera yo imaginado que lady Melton pudiese venir á esta funcion; por fortuna Job...

Lady. Y bien! podeis hacer lo que os he pedido?

Pedro. Las entradas del palacio estan ya demasiado llenas de curiosos para poder introducir secretamente á un hombre tan conocido en Nápoles como el padre del general Beltran... Pero ahora que se han ido de aqui lord Morton y mi señora... puede que por esta puerta secreta...

Lady. Calla! y Leonor se sirve de ella alguna vez?

Pedro. Me parece, milady, que no se habrá hecho sino para eso.

Lady. Encontrareis á Andrés en donde os he dicho... y no olvidéis que nadie debe saber...

Pedro. Descuidad; cuando se me encarga á mí alguna cosa es como si estuviera ya hecha.

ESCENA IV.

DICHOS. JOB.

Job. Papá, vais á verle; está magnífico con su trage; yo le he vestido.

Pedro. Diantre...! Esta sí que es buena... si ahora olvida una palabra de mis lecciones, se acabó.

Job. (En el fondo.) Lady Melton...

Lady. Quién es ese muchacho?

Pedro. Es mi hijo mayor, milady...

Lady. Vuestro hijo...!

Pedro. Cuya educacion me ha costado bastante trabajo: está sirviendo al general Beltran.

Job. (Aparte.) A quien todito se lo he contado... y me ha prometido su proteccion.

Lady. (En voz baja.) No fue á vos á quien el marques Ruffi recomendó...

Pedro. A un tal Job...

Job. Ah! sí, aquel inglesito á quien papá despachó, porque sabia...

Pedro. Zefirino, hijo mio, os tengo encargado que no os metais en la conversacion de los demas.

Job. Es que me da risa cuando me acuerdo de aquel Job...

Pedro. Zefirino... hijo...

Job. Ya me callo, papá.

Lady. Yo me equivoco sin duda, pero esas facciones... Y fuísteis recompensado?

Pedro. Muy poco.

Lady. Ahí teneis, por vuestro silencio.

Job. (Aparte.) Toma! y se hace pagar mi muerte otra vez!

Pedro. Una buena accion nunca es cosa perdida.

Lady. Ahora id adonde os he dicho. (Pedro va á marcharse, pero se detiene al oír á lady, que dice á Job.)

Con que sois italiano?

Job. De Nápoles... del Arrabal de Santa Magdalena; nacido el dia de San Genaro; hijo de Pedro, llamado Macarrones, y de Petronila Tasarina...

Lady. Basta, basta.

Pedro. Qué alhaja de chico! Cuando pienso que he estado tres meses para enseñarle eso!

Lady. Ea, marchaos.

Pedro. Es que creo que mi hijo Zefirino ha venido para decirme algo.

Job. Sí, papá, en efecto, os venia á dar una carta que han traído para la señora.

Pedro. Tráela, y si vuelves á parecer por aqui te ahogo. Vete, hijo mio.

ESCENA V.

LADY MELTON, *sola.*

Ese recuerdo me perseguirá siempre... pero de qué voy á ocuparme ahora...? Merced á la proteccion de Beltran y de Morton, Leonor está á salvo de una sentencia, pero no de la infamia que yo quiero grabar en su frente. Ah! ella ha despreciado á lady Melton, y Dios sabe si en sus amorosas entrevistas le habrá contado Beltran la loca pasion que me cegó... Oh! sin duda sabe ya de qué familia es hija la pobre Betty Stacke; pues bien! yo diré á todo Nápoles lo que fue la condesa de Pimentel, la hermosa Margarita Storelli.

ESCENA VI.

LADY MELTON. ANDRÉS. PEDRO.

Pedro. Por aqui, buen viejo, por aqui!

Andrés. Con que estoy en casa de Leonor Pimentel?

Lady. (*Despues de haber hecho señas á Pedro de alejarse un poco.*) Sí, Andrés, porque aqui únicamente es donde podreis encontrarle, ahora que todo lo olvida por arrojarle á las plantas de la bella Leonor, ahora que está pronto á ser traidor á su causa y á la vuestra por esa infame muger... Pero tendreis valor para hacer lo que habeis resuelto, Andrés?

Andrés. Nada temais, milady... antes me faltarian las fuerzas que el valor... Nada temais, yo me presentaré á lo mejor de la fiesta á devolver á ese hijo ingrato la maldicion que echó sobre la cabeza de su padre... mas será menester que vuestra mano me conduzca, que vuestra voz me diga: Alli está Leonor; porque ya se ha apagado enteramente la luz de mis ojos... ya no vivo en el pre-

sente, ya no tengo mas compañera que una eterna noche, nada mas que el recuerdo del pasado.

Lady. Bien, Andrés... pero sed prudente... Reflexionad que yo no debia haberos traído á este sitio, y aguardad que os avise el instante en que debereis aparecer como el ministro de la venganza del cielo.

Andrés. El rencor es paciente, milady... Dos meses he aguardado en el asilo que me procurásteis; bien puedo esperar todavía algunas horas el momento de la venganza.

Lady. (Llamando.) Pedro...! no habrá otra habitacion en donde pueda ocultarse Andrés?

Pedro. A dos pasos de aqui hay otro pabellon en donde estará bien solo.

Lady. Pues daos prisa á llevarle á él; pudiera venir alguien...

Pedro. Vamos, Andrés... que voy á ponerlos en parage seguro.

Lady. (Acompañándolos.) No olvideis que es vuestra venganza.

Andrés. Y tambien la vuestra; no me hagais esperar.

Pedro. Pasemos por aqui para que nadie pueda encontrarnos.

ESCENA VII.

LADY MELTON. *Luego* BELTRAN.

Lady. Ya era tiempo... aqui está Beltran... que hoy por vez primera ha consentido en dejar su trage de Lazzaron, y lo que no habian podido obtener de él los mas encumbrados magnates lo ha conseguido Leonor sin gran trabajo... Oh! yo aseguro que este dia quedará bien grabado en su memoria. (*Entra Beltran.*)

Beltran. (*Aparte.*) Lady Melton!

Lady. (*Acercándose á él, é irónicamente.*) Muy bien, muy bien, general! Imposible es que haya otro que tenga mejor aire y sepa llevar mejor el uniforme... Estoy segura que os van á tener envidia los mas apuestos y elegantes caballeros de Nápoles.

Beltran. Oh! podeis burlaros muy bien de mí, milady, porque debo de estar hecho una facha...

Lady. Nada de eso, general; y entre los muchos motivos que la corte tiene para estar agradecida á Leonor Pimen-

tel... sería menester colocar en primera línea el haberos decidido á adoptar un traje que tan perfectamente os sienta.

Beltran. Basta de chanzas, milady.

Lady. Querreis decir, de elogios, porque estoy segura de que debéis gustarla mucho así.

Beltran. Milady, me parece no querreis que me acuerde que he podido gustar á otras personas con mi traje de Lazzaron.

Lady. No pretendo que lo recordeis, pero me place ver con qué facilidad se ha transformado el Lazzaron en gran señor.

Beltran. Eso se aprende sin trabajo ninguno, milady... y acaso las mugeres sepan mas que nosotros en ese ramo.

Lady. Qué quereis significar con eso?

Beltran. Vuestra cólera me prueba con evidencia que no he menester esplicárosllo.

Lady. (*Ap.* Ah! bien decia yo, que aquel era Job... que habrá hablado...) Quedad con Dios, general; ahí viene sin duda Leonor; acordaos del dia en que la dejé con vos para que represente la sensible comedia que la ha salvado; ahora os dejo con ella, para que vos tambien representeis un poco. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

BELTRAN. LEONOR.

Beltran. (*Solo un momento.*) Ah! por qué habré yo encontrado aqui á esa muger? Siempre ha sido para mí presagio de desventura.

Leonor. (*Dentro.*) Bien está... que abran la galería principal. (*Entrando.*) Ah! estais aqui, general?

Beltran. Señora...

Leonor. Qué amable sois...! Habeis venido temprano... deber y privilegio de los amigos...

Beltran. He venido demasiado pronto, no es verdad...? y quizá hubiera hecho mejor en no venir...

Leonor. Por qué?

Beltran. Porque voy á sufrir tanto!

Leonor. Vos!

Beltran. Pues qué, no vais dentro de unos instantes á

abrir el baile, á valsar con todos esos gentiles caballeros?
Leonor. Hay deberes, Beltran, que no debemos tomar siempre como goces, como placer.

Beltran. Y hay pesares, Leonor, que vos no podeis comprender. Mirad, cuando yo no era mas que el pobre improvisador de la costa de Sorrento, á quien todos abandonaban por ir á escucharos, estaba bien lejos de vos; pero aunque vencido por vuestro canto podia alargar mi mano todavía á cualquiera hija del pueblo como yo, y ella se envanecia de bailar con Beltran, el alegre cantor de la tarantela. En la actualidad, que llevo este trage que he pagado con mi sangre, hoy que, gracias al acaso, soy admitido en este palacio como la primera persona de Nápoles, me creen feliz, me creen mas cerca de vos, y sin embargo no me atreveré á ofreceros la mano, y me quedaré en un rincon de vuestros salones solo para contemplaros, mientras otros brillarán en torno vuestro, se pasearán con vos, orgullosos de vuestra hermosura, como si les perteneciera; y todo por qué? porque ellos tienen ese aire de mundo que el pobre Lazzaron no ha podido aprender, y que jamas aprenderá.

Leonor. Y eso qué importa, Beltran? El vencedor de Nápoles puede muy bien pasarse sin tan fútil ventaja.

Beltran. Lo creéis asi, y podria en efecto suplicaros...?

Leonor. No, os lo negaria.

Beltran. Me lo negariais?

Leonor. Sí, por vos, de quien no quiero que nadie pueda mofarse en lo mas mínimo... por mi causa, pues sufriría mucho.

Beltran. Oh! Leonor!

Leonor. Pero qué teneis? qué estraña idea os ha pasado por la cabeza...? Ea, tened mas confianza; presentaos como en un dia de combate. Quiero que todos os encuentren bien.

Beltran. Gracias, gracias, Leonor; sois buena como un angel del Señor.

ESCENA IX.

DICHOS. UN CRIADO.

Criado. (Entrando.) Señora, estas cartas han traído para vos. *(Dadas y vase.)*

Leonor. (Tomándolas.) Está bien... El marques (*Abriendo sucesivamente algunas de ellas.*) de Guastalle, que no puede venir. (*Arroja la carta con indiferencia sobre la mesa.*) El baron de Landorff, que me pide permiso para traer á un amigo suyo. De Jorge... imprudente! (*Idem, y abre la tercera.*)

Beltran. Qué es eso?

Leonor. Nada, nada... otra excusa... (*Guardando la carta en el pecho.*)

Beltran. (Gran turbacion la ha causado esa carta! Y ni (*Deja Leonor las otras cartas cerradas.*) siquiera abre las otras.)

Leonor. Y qué, general, no pasais á los jardines? Debeis haceros cargo de que en una noche como esta tengo muchas órdenes que dar, muchas cosas que arreglar, y asi os pido me disimuleis...

Beltran. (Quiere alejarme de aqui... será verdad que Jorge ha vuelto á Nápoles?)

Leonor. Con que hasta luego, general... al momento seré con vos.

Beltran. Cuando gustéis, señora! (*Vase, permaneciendo algunos momentos en el foro.*)

Leonor. (Sola, leyendo la carta.) "Querida Leonor, imposible me será el acudir á la cita que me habeis dado, porque mis amigos y yo hemos decidido adelantar algunos dias la ejecucion de nuestros designios; á media noche estarán rotas sus cadenas, y vos no habreis soñado en vano la libertad de la Italia."

Beltran. (En el fondo.) Con qué interes lee esa carta!

Leonor. (Continúa leyendo.) "Por lo demas, esta noche iré á saber el secreto que queriais descubrirme en nuestra cita de la capilla de San Pedro: á las nueve en punto estaré en la puerta secreta de vuestro pabellon." A las nueve! Van á dar al momento. (*Guarda la carta en un escondite que tiene un jarron antiguo.*)

Beltran. (En el fondo.) Oh! no, esa no es una carta como las otras.

Leonor. Quedarme aqui sola, cuando todo el mundo me espera...! Es preciso; un minuto bastará para lo que tenga que decirme, y luego le dejaré solo con lord Morton. (*Llama: aparece un criado en la puerta de la izquierda.*) Id á buscar á lord Morton, y decidle de mi

parte que tenga la bondad de venir inmediatamente aquí...
(Vase: Beltran parte tambien, sin que Leonor haya reparado en él: llaman á la puerta.) Ya está aquí.
(Va á abrir la puerta secreta.)

ESCENA X.

LEONOR. JORGE.

Leonor. Entrad, Jorge, entrad.

Jorge. Habeis recibido mi carta?

Leonor. Ahora mismo. Yo no habia previsto que pudierais venir aquí, y este pabellon está abierto á los convidados, como todas las demas habitaciones de mi palacio.

Jorge. Os comprendo y me retiro... yo no hubiera venido si vos no me hubieseis anunciado en el billete en que me citabais para la capilla de San Pedro, la revelacion de un secreto importante.

Leonor. Y yo me habia encargado de descubriros ese secreto delante de la persona á quien interesa tanto como á vos, y quizá debiera dejarlo para otro dia; pero en el momento en que por mí vais á dar un paso tan arriesgado, quiero colocaros bajo una proteccion que no os abandonará, si por acaso sois descubierto.

Jorge. Qué quiere decir eso, Leonor? *(Abrese la puerta y aparece lord Morton: déjala abierta.)*

Leonor. Que es preciso saber perdonar.

Jorge. No os comprendo.

Leonor. Lord Morton, aquí teneis al comandante Jorge, mi hermano.

Jorge. *(Aparte.)* Siempre este hombre...! Dios mio!

Morton. *(Aparte.)* Ni siquiera me mira!

Leonor. Milord, no he podido contar á Jorge la fatal historia que me habeis confiado, ni decirle como su padre, arrancado á la fuerza de Nápoles, se vió precisado á abandonar á nuestra madre.

Jorge. Leonor!

Leonor. Pero vos se lo contareis, milord!

Jorge. Leonor, por piedad!

Leonor. Vos le escuchareis, Jorge, y siento mucho no haberos podido hacer ese relato, ni repetiros una justificacion en la que creo..,

Morton. Hacedlo pues, Leonor.

Leonor. Milord, la vida está llena de trabajos y miserias terribles. Temblando, como estoy, por la suerte de mis amigos condenados, he tenido, segun lo sabeis, que resignarme á dar una funcion, y cuando vais á despertar los tristes recuerdos de lo pasado, cuando quisiera estar entre vosotros para hacerlos menos amargos, y acaso menos irritantes, esa fiesta me reclama, y esa fiesta, no lo ignorais, es casi una condicion de mi salvacion... Os dejo pues, pero no olvidéis uno y otro que yo, que podia condenarlo todo, todo lo he perdonado. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LORD MORTON. JORGE. *Luego* ANDRÉS.

Jorge. Milord, ya una vez en el fuerte de San Telmo habeis querido entablar conversacion conmigo sobre asuntos cuyo recuerdo, segun vos mismo conoceis, debe serme muy sensible: yo creía haberos respoudido entonces de una manera capaz de haceros comprender que no queria oír hablar mas de ello.

Andrés. (*Aparte, en el fondo.*) Acaba de presentarse en el baile.

Morton. Si supieseis, Jorge, qué interes me guia, no hallarais tan cruel mi tenacidad en insistir.

Andrés. (*Aparte.*) Lady Melton me olvida!

Jorge. Milord, algunas palabras de Leonor me han dado bastante bien á entender que queriais repetirme la justificacion del que abandonó á la infeliz Margarita Storelli...

Andrés. (*Aparte.*) Margarita Storelli!

Jorge. Pobre madre mia!

Andrés. (*Aparte.*) Su madre!

Morton. Y vos os negais á escuchar esa justificacion!

Jorge. Sí, milord.

Andrés. (*Aparte.*) Morton!

Jorge. Y puedo decíroslo á vos, que sin duda no sois en este asunto, al menos quiero creerlo asi, mas que un amigo verdadero, pero ignorante de mis penas y dolores.

Morton. Ignorante de vuestras penas, Jorge...? Vos no habeis adivinado el nombre que no me atrevo á pronunciar.

Jorge. Y que yo no quiero saber!

Andrés. (Presentándose.) Y que yo te diré.

Morton. Andrés...! Vos, vos aquí!

Andrés. Adónde estás tú, jóven maldecido y abandonado también desde niño?

Jorge. Qué me queréis?

Morton. (Aparte.) Qué irá á decirle?

Andrés. (A Jorge.) Con que tú no quieres conocer al hombre que se vanagloria de ser tu padre? Tienes razon... porque aun no te han dicho todos sus crímenes...

Jorge. Sus crímenes!

Andrés. Sí, sus crímenes... tú no eres el único aquí que deba maldecirle... ni es únicamente entre las grandes señoras de Nápoles en donde él buscó sus víctimas.

Jorge. Esplicaos.

Morton. (Aparte.) Dios mio!

Andrés. Pues qué, no le has contado que sorprendido una noche por la tempestad á dos leguas de Nápoles, en la costa de Sorrento, ese hombre á quien pretendes justificar, encontró un asilo en la granja de un labrador rico y feliz entonces, porque poseía un tesoro inapreciable, una hija que era su orgullo, sus delicias?

Morton. Y bien! qué os importa...? se llamaba Lorenzo, y..

Andrés. Ah! os acordais!

Jorge. Y ese Lorenzo...?

Andrés. Se hallaba á la sazón ausente, y aquel hombre se aprovechó como un vil de tal coyuntura.

Morton. Desdichado!

Andrés. Como un vil, entiendes...? porque aquel hombre para agradecer á la jóven la hospitalidad que le habia dado á él, como se la daba todos los dias al cansado peregrino y al mendigo que la pagaba con una bendicion, aquel hombre volvió al dia siguiente, y continuó yendo todos los dias.

Jorge. Cuando su padre estaba ausente?

Andrés. Es que Mariana era hermosa como las Madonas del cielo... y el infame...

Morton. Mariana...! Ah...! callaos, anciano.

Jorge. Dejadle hablar, caballero.

Andrés. Ah! quiere que me calle... Tú que puedes verle, no es verdad que él tiene miedo, no es verdad que el crimen que habia olvidado se le viene á la memoria?

Morton. Pero quién eres tú?

Jorge. Y quién era esa Mariana?

Andrés. Una infeliz y crédula criatura que no habiendo vivido hasta entonces sino entre corazones que no sabian mentir, creyó á ese hombre cuando la dijo que la amaba, y que podia creerle sin orgullo, porque merecia el amor de un rey.

Jorge. Desdichada criatura!

Andrés. Sí, sí, bien desdichada; la hija seducida... porque la sedujo el infame prometiéndola su nombre y su mano; bien desdichada el dia en que vió regresar á su padre, que habia dejado su casa llena de alegría y de honra, para encontrar en vez de esto el llanto y la desesperacion. Me acuerdo que al poner el pie en el umbral...

Jorge. Vos!

Morton. Vos!

Andrés. Yo, yo! pues qué, no habiais comprendido que yo no podia hablar asi sino de mi hija...? Pero sí, demasiado debes de haberme comprendido... Mírale, mírale tú; no es verdad que está pálido?

Morton. Infeliz de mí!

Andrés. Pero entonces yo veía, y cuando desde el umbral de la puerta en que me detuve reparé que no me salia al encuentro alegre como siempre y pidiéndome la bendicion; cuando la vi caer arrodillada al divisarme, como si hubiera leído en mi frente su acusacion y su sentencia; cuando la vi arrastrarse hasta mis plantas, exclamando: perdon! perdon! lo adiviné; la maldije, la pregunté el nombre del culpable, que no me quiso decir porque le amaba, y la infeliz temia por él.

Jorge. Y no volvió?

Andrés. No, yo no pude saber mas sino que seducido por los atractivos y mañas de otra muger, olvidabáse en Nápoles de la pobre aldeana á quien habia entregado á la vergüenza y á la infamia.

Jorge. Ah! milord! milord!

Andrés. Entonces no tenia aun ese título: la fortuna no le habia dado todavía un nombre ilustre, asi como tampoco la desesperacion me habia obligado á abandonar el mio; él no se llamaba lord Morton, ni yo Andrés; entonces era yo Lorenzo, y él, el caballero Dudley.

Jorge. Cielos! él es!

Andrés. Sí, él; y no es verdad que baja la cabeza ante el

hijo que no quiere reconocerle y ante el padre cuya hija ha aseninado...? porque la infeliz murió...

Morton. Desgraciado! Tú sin duda fuiste su asesino...

Andrés. Callad! Es posible acaso que un padre mate á su hija...? Yo la maldije al saber la falta que la hicieran cometer; y la perdoné al ver su dolor, pues, mas desgraciada que tu madre, jóven, no encontró lo que ella para ocultar su falta, ni tenia oro para enviar á su hijo á un destierro.

Morton. A su hijo!

ESCENA XII.

DICHOS. *Luego* LEONOR.

Andrés. Sí, que mantuvo consigo como á un testigo vivo de su deshonra, y nunca le abandonó; pero murió... murió la infeliz... Lo oyes, miserable?

Leonor. Andrés! Qué significa esto...? Jorge...!

Morton. (*Aparte.*) Leonor!

Jorge. (*A Leonor en voz baja.*) Ah! si supierais...

Morton. Oh! apiádate de mí, perdóname, Andrés; dónde está ese hijo? Le enriqueceré; le daré toda mi protección; le formaré un porvenir tan brillante como apetezcas; pero calla, calla... (*Señalando á Jorge.*) al menos delante de él.

Andrés. Oís, oís á este hombre, que para hacerme callar me ofrece oro y honores para el hijo que abandonó...? Felizmente no necesita de tí para nada; tú le dejaste en la pobreza, y él tiene los tesoros de Nápoles en sus manos; tú le dejaste la infamia, y él la ha cubierto de gloria; tú te llamas Morton, y él Beltran el Terrible.

Morton. Beltran! el hijo de Mariana!

Andrés. Y el tuyo!

Jorge. Mi hermano!

Leonor. Beltran!

Andrés. Beltran el Terrible, á quien vengo á buscar en tu casa, Leonor Fonseca Pimentel; ya te he oído; estás aquí, no es verdad?

Leonor. Ah! Jorge! Jorge!

Andrés. Beltran, á quien vengo á arrancar de tu casa para que no le hagas olvidar á su anciano padre, como tu

madre, la infame Margarita Storelli; hizo olvidarse á este hombre de la infeliz á quien habia seducido; porque la seducción y la perfidia son hereditarias en tu familia.

Leonor. Milord, haced al menos callar á ese desdichado.

Andrés. Beltran!

Morton. Oh! apiadaos de ella, que es inocente!

Andrés. Os habeis olvidado del fuerte de San Telmo?

Beltran!

Jorge. Infelices de nosotros!

Leonor. Milord, que viene gente, por Dios!

Morton. Ah! siquiera os salvaré. (*Vase.*)

Andrés. Que vengan! Sonó la hora de mi venganza! Que vengan! quiero decir á todos lo que fue tu madre, Leonor Pimentel!

Jorge. Pero fue la mia tambien, y te callarás!

Andrés. Ah! tú tambien tienes miedo...? Venid, venid.

Jorge. Te callarás! (*Asiendo de él.*)

Andrés. Beltran! Beltran!

Jorge. Ah! no me hagas recordar que quisiste asesinarme: ven, ven.

Leonor. (*A los criados.*) Venid, venid; lleváosle...

Jorge. (*Echándole fuera.*) Vé pues, miserable insensato...

Leonor, ved á lo que me ha obligado el crimen de ese hombre á quien quereis que llame padre mio... Oh! jamas, jamas!

Leonor. Madre mia! madre mia!

ESCENA XIII.

LEONOR. BELTRAN. LADY MELTON.

Lady. Ah! esto ha salido mejor de lo que yo esperaba.

Leonor. Esta muger...

Beltran. No era la voz de mi padre...?

Lady. Sí, general, el mismo á quien esta señora acaba de echar de aqui.

Leonor. Como echaria de mi casa á cualquiera que tuviese el atrevimiento de insultarme en ella. (*Aparecen en el fondo varias personas: Leonor les sale al encuentro.*) Os pido mil perdones, señores; el baile nos llama: seguidme, seguidme: venid. (*Vanse todos.*)

ESCENA XIV.

BELTRAN. LADY MELTON.

Beltran. Mi padre...! mi padre arrojado de aqui, y por ella?

Lady. Me parece que acaba de decíroslo bien claro.

Beltran. Y dice que mi padre la ha insultado?

Lady. Sí, porque la ha sorprendido con el comandante Jorge.

Beltran. El comaudante Jorge...! estaba aqui...!

Lady. Aqui... y él ha sido...

Beltran. Adelante.

Lady. El que ha ejecutado la orden de vuestra bella Leonor.

Beltran. Dios mio! Adónde iré yo á buscar ahora á este hombre?

Lady. Por fin, Beltran, heos aqui insultado y abofeteado por la mano de esa muger.

Beltran. Yo no os hablo de ella.

Lady. Pero yo sí: y matareis á Jorge?

Beltran. Sí, mil veces sí.

Lady. A él, que no era mas que el instrumento de Leonor... en vez que ella...

Beltran. Ella! qué?

Lady. Ella no tiene mas que conspirar contra el Estado, y al momento ireis á postraros ante el rey pidiéndole su perdon; ofrecereis vuestra cabeza por la suya; la salvareis, en fin.

Beltran. A las mugeres no se las mata... se las deshonra!

Lady. Ah!

Beltran. Y vos habeis visto aqui á ese Jorge?

Lady. Yo le he visto.

Beltran. Ademas, esa carta que recibió aqui, esa carta que la hizo palidecer, y por la cual me echó de aqui, porque habeis de saber que tambien á mí me ha echado de aqui, hace poco.

Lady. A vos!

Beltran. Sí, pero con una sonrisa, con tan graciosos ademanes, con voz tan seductora, que me he ido como un marido crédulo de quien se burlan; me he ido para dejarla leer con sosiego esa carta que parecia abrasarla las manos.

Lady. Y esa carta...

Beltran. Está alli!

Lady. En dónde?

Beltran. (*Balbucente.*) Dios mio...! bien sabia ella que la habia de adivinar... Figuraos que hace poco la entregan aqui mismo un paquete de cartas... Las toma, abre la primera... Una escusa del marques de Guastalla... La echa sobre esa mesa... La segunda, otra cosa... no me acuerdo... La pone tambien ahí... A la tercera, palidece, tiembla, se aparta de mí, olvida todo lo demas... y cuando me cree muy lejos, la lee con una ansiedad, con una turbacion, con una pasion, que yo conocia en el temblor de sus manos; y aquella carta... preciosa... adorada... aquella carta, que la anunciaba sin duda la venida de Jorge... la escondió... allí... allí... y allí... la encontraré yo. (*Rompe el jarron con su puñal.*)

Lady. Qué habeis hecho?

Beltran. Es que necesito pruebas para vengarme, milady.

Lady. (*Aparte.*) Ah! el puñal de Lazzaron bajo el traje de general!

Beltran. Y ahora, milady, vos que aborreceis tanto á esa muger, leedme esa carta.

Lady. General, me parece que á vos, que la habeis cogido, os toca...

Beltran. Yo no sé leer... hacedlo pues pronto.

Lady. Pero...

Beltran. Leed ahí, Betty Stacke!

Lady. Betty Stacke!

Beltran. Leed, os digo! Ya veis que lo sé todo.

Lady. (*Leyendo.*) "Querida Leonor..."

Beltran. Querida Leonor!

Lady. "No puedo ir á la cita que me habeis dado en la capilla de San Pedro..."

Beltran. La firma...! la firma!

Lady. "Jorge!"

Beltran. Es claro... preferia venir aqui!

Lady. (*Despues de haber leído la carta.*) Qué veo?

Beltran. Dadme esa carta.

Lady. Al momento. (Ah! este golpe (*Aparte.*) es mas seguro.)

ESCENA XV.

DICHOS. JORGE.

Jorge. El viejo está ya seguro; ahora es preciso huir de aqui.

Lady. Jorge!

Beltran. Jorge... Caballero! caballero!

Jorge. Beltran!

Beltran. Dejados, señora, dejados. (*A lady.*)

Lady. Bien, Beltran... Ahora sí que está perdida! (*Vase.*)

Jorge. Qué me quereis...? qué deseais de mí?

ESCENA XVI.

JORGE. BELTRAN.

Beltran. Vos querreis batiros conmigo, no es verdad?

Jorge. Yo!

Beltran. Sois oficial... sois valiente... no necesito insultaros... ni...

Jorge. Desdichado!

Beltran. Bien! enhorabuena! asi se despachará mas pronto; supongo que habreis comprendido ya que uno de los dos ha de quedar en el sitio... y yo espero que me matareis... y valdrá mas... indudablemente.

Jorge. (*Aparte.*) Batirme con él, ahora...!

Beltran. Venid... venid... no me hagais decir antes la verdad á toda esa gente... Al menos por ella, venid...

Jorge. Es imposible!

Beltran. Imposible?

Jorge. Sí.

Beltran. Con que no quereis batiros?

Jorge. Con vos... no!

Beltran. Conmigo... pero ya olvidaba que habiais puesto la mano en mi padre... Ah! no quereis batiros porque...

Jorge. Mirad lo que decís!

ESCENA XVII.

DICHOS. LORD MORTON. LEONOR.

Morton. Deteneos.

Leonor. Jorge! Jorge!

Jorge. Ah! sois vos, milord... Caiga sobre vuestra cabeza la herencia de discordia y de sangre que nos habeis legado.

Beltran. Qué me quereis, milord?

Morton. Impedirte el que cometas un crimen.

Beltran. Un crimen, castigar al amante de Leonor?

Morton. Amante...! hermano, di, hermano!

Beltran. (*A Jorge.*) Vos... Dios mio... Serias tú el hijo de esa Margarita á quien Andrés ha maldecido tantas veces?

Jorge. Sí.

Beltran. El hijo de la que fue abandonada y vendida, como mi pobre madre?

Jorge. Sí.

Beltran. Ah! perdonadme, hermano; perdonadme, Leonor, y maldito sea el infame que nos dejó huérfanos á entrambos en este mundo... para ser en él enemigos.

Leonor. Callaos, que os escucha.

Beltran. Él!

Morton. Ambos me han maldecido, señora; es preciso que yo salga de Nápoles mañana mismo.

Leonor. Beltran!

Beltran. Yo soy italiano, señora... y mi madre italiana, la que me ha criado.

Morton. Jorge!

Jorge. Soy francés, caballero... y la Francia me ha adoptado.

Morton. Ah! qué desgracia es comparable á esta?

ESCENA XVIII.

DICHOS. RUFFI. LADY MELTON. CONVIDADOS.

Leonor. Esperad, milord; el tiempo acallará esos resentimientos.

Morton. Ah! vos sola habeis sido generosa conmigo!

Ruffi. Leonor Fonseca Pimentel, en nombre del rey daos á prision.

Leonor. Yo!

Jorge, Beltran y Morton. Ella!

Ruffi. Allí es... apoderarse de todos los papeles que contiene aquel secreto.

Beltran. (*Cerrándola.*) Oh! qué es lo que yo he hecho...?

Leonor. Ese jarron roto...

Beltran. Es en donde yo os he visto guardar la carta de Jorge... es de donde, furioso de celos, la he cogido... y entregádosela... á quién...? á lady Melton... Ah! infame!

Leonor. Beltran, ya no maldigais á nadie! Vos sois quien me envia al cadalso!

Beltran. Leonor!

Ruffi. Venid, señora!

Morton. Marques Rugiero! decid al rey de Nápoles que el almirante Morton quiere hablarle al instante.

Ruffi. Pero, milord...

Morton. Decidle que quiere hablarle; porque antes de partir tiene que pedirle el precio de la sangre que la Inglaterra ha derramado por Nápoles... Leonor, nada temais...

Beltran. Oh! gracias, padre mio!

Jorge. Padre mio, gracias.

Morton. Seremos tres para salvarla, hijos mios!

FIN DEL ACTO CUARTO.

Peto quinto.

Palacio del tribunal. En el fondo, puerta que conduce á la sala de audiencia; á la derecha la sala de la Madona; á la izquierda otra puerta que conduce al exterior.

ESCENA PRIMERA.

JOB. PEDRO, á un lado. Grupo de LAZZARONES á otro.

Pedro. Has sido un tonto en abandonar nuestra deliciosa vida y meterte otra vez á lacayo...

Job. Qué quereis...? cada uno tiene su gusto... vos llamais deliciosa esa vida... y yo maldita la delicia que en ella encontraba...!

Laz. 1.º Será Teresa!

Otros. No será!

Laz. 1.º Pero escuchadme...

Otros. No será ella! no será ella!

Portero. Cállense! que ya ha empezado la audiencia.

Job. Y por qué meten tanta bulla esos camaradas?

Pedro. Estan arreglando la fiesta de la Madona del Arco! cosa muy divertida!

Job. Y á eso llaman arreglar una fiesta...? yo creí que estaban conspirando.

Pedro. Buena majadería! Como se saca tanta ganancia...! ser ahorcado cuando uno es plebeyo, y perder la cabeza siendo noble... como probablemente le sucederá á la señora Leonor...

Job. Pobre muger!

Pedro. Qué dices?

Job. Pobre muger!

Pedro. Y qué significa eso? Cómo se entiende? lástima en un día de fiesta? de procesion...? Bien pueden sentenciar y ejecutar hoy á la Leonor, pero á fé mia que no habrá nadie que vaya á verla en el patíbulo! Bailar y cantar! esto es lo que hemos de hacer hoy... Verás, verás lo que es una fiesta en Nápoles; verás qué cosa tan buena...!

Laz. No! no! otra! otra!

Job. A Dios! ya vuelven á empezar... Pero qué demonios estan haciendo?

Pedro. Estan de elecciones.

Job. De elecciones...? y qué es eso?

Pedro. Que estan eligiendo á la que debe llevar la imagen de la Madona en la procesion, que saldrá de este palacio para ir á la capilla que está á la entrada del golfo.

Job. Y será alguna gran señora!

Pedro. Majadero, si es menester ser bonita y virtuosa.

Job. Y por qué vos no vais tambien á deliberar?

Pedro. Porque no tengo ninguna protegida de esa especie.

Portero. Silencio...! Ya se presentan los testigos.

Pedro. Calla! los testigos! Si mal no me acuerdo, soy uno de ellos... Ya decia yo que por algo estaba aqui. (*Vase por la puerta del tribunal.*)

Laz. 1.º Vamos á llevar el nombre de la escogida al Podestá, y si acepta vendremos á buscarla para la ceremonia.

Todos. Sí, sí... vamos! vamos! (*Vanse.*)

ESCENA II.

JORGE. LORD MORTON, *que sale del tribunal.*

Morton. Job, id á decir á sir Williams que venga aqui al momento, que le espero. (*Vase Job.*)

Jorge. Y bien, milord! Beltran...

Morton. Ha hecho cuanto ha podido por salvarla; se ha acusado á sí mismo de haberse dejado sorprender por los franceses en el fuerte de San Telmo... pretendiendo no haber visto siquiera á Leonor; pero los murmullos han ahogado muchas veces su voz.

Jorge. Beltran!

ESCENA III.

DICHOS. BELTRAN, *que sale del tribunal.*

Beltran. Una fiesta! Oh! eso! eso! los conozco bien, y á no ser que reventara el Vesubio sepultándolos en sus cenizas, no dejarían ellos de ir á esa fiesta, aunque tuvieran que pasar por cima de su cadáver.

Morton. Beltran, qué hay?

Jorge. Qué hay?

Beltran. Acaban de llamar á mi padre; yo no he querido oírle; le hubiera interrumpido; le hubiera dicho que mentía.

Morton. La acusará!

Beltran. La acusa!

Jorge. La sentenciarán!

Beltran. Lo estaba ya.

Morton. Debemos aprovecharnos de los días que podemos.

Beltran. Días decís, milord! Por horas hay que contar. La temen demasiado para no levantar el cadalso así que esté firmada la sentencia.

Morton. Pues bien! entonces, dentro de una hora saltarán en tierra mas de quinientos marinos nuestros, rodearán este palacio; á favor de alguna reyerta que sabrán provocar, invadirán estas salas, forzarán la prision, y antes que hayan tenido tiempo de organizar la menor resistencia, Leonor será trasportada á bordo del bote del Almirante, que atracará al pie de la escalera de marmol que descende al mar, y una vez en mi buque, vendrán á buscarla si se atreven.

Jorge. Nuestros amigos de Nápoles estan prontos tambien á secundarnos, pues merced á vuestra proteccion, que me ha permitido permanecer en la ciudad, he podido reunirlos, y nos guiarán en este ataque.

Beltran. Sí, debemos venir á parar á eso, nada de provocacion; quinientos marinos, y aunque fueran cinco mil, nada harían: si se turbase la tranquilidad de este día, el pueblo irritado los llevaria por delante. Mejor protegidos seremos por la misma fiesta. Ya lo veis, no piensan en otra cosa, y aunque se ejecutase hoy al caudillo que ha sido su ídolo, como se va á condenar á la muger á quien execraban ayer, no pensarían en ello.

Hoy solo la fiesta. Afortunadamente todos no son así, y ya que el plan está bien arreglado, esperadme, y ay de Nápoles! si no salgo adelante con la mia... A Dios, mi lord! A Dios, padre mio...! Ven conmigo, hermano.

Morton. Ah! aqui está sir Williams: una palabra! (*Williams entra por el foro. Retírase Morton á hablar con él.*)

ESCENA IV.

DICHOS. WILLIAMS. LAZZARONES. ANDRÉS y CATALINA *salen del tribunal.*

Laz. 1.º Catalina, Catalina es la que ha de llevar la Madona, y ya ha aceptado.

Andrés. Por fin la han condenado! (*Saliendo del tribunal.*)

Laz. 1.º Aqui está...! viva Catalina!

Andrés. Amigos míos, qué significan esos gritos?

Laz. 1.º Que Catalina ha sido escogida, como la jóven mas virtuosa y mas linda de Nápoles, para la ceremonia de hoy.

Andrés. Debes estar bien orgullosa, Catalina. (*Quiere irse.*)

Laz. 1.º Qué, rehusaría?

Andrés. No, no; acepta, valientes napolitanos, acepta.

Laz. 1.º Dentro de una hora vendremos á buscarte.

Andrés. Yo os la llevaré, camaradas; me envanezco de la honra que habeis dispensado á mi hija. Vuestra eleccion recordará á Beltran que pertenece á una familia humilde: se debia esta justicia al que ha desconocido á su padre. (*Catalina quiere llevárselo.*)

Morton. Vos aqui, Andrés!

Andrés. Lord Morton! (*Catalina le tira de la ropa.*) Te entiendo, hija mia. He maldecido á ese hombre, y esa desdichada muger no tardará mucho en pasar. Sí, llévame á la sala en donde debes tomar la Madona. Este es un bonor que me ha valido tu virtud, Catalina; es un consuelo, y á fé que bien lo necesito. (*Éntrase en la sala de la Madona.*)

Morton. Me habeis comprendido, sir Williams? armas escondidas: en caso de apuro los mas intrépidos, dirigidos por esos valientes napolitanos, penetrarán en este pala-

cio, cuyas puertas guardaremos nosotros mismos si es menester. (*Vase Williams.*)

Jorge. Gracias, milord, gracias. (*Entra á tiempo de escuchar las últimas palabras.*)

Morton. Milord!

Jorge. Oh! perdonadme! perdonadme...! He sufrido mucho, he llorado muchas veces mi nacimiento, pero al ver vuestros esfuerzos por salvar á Leonor, á mi hermana, me considero feliz, y me envanezco de poderos llamar padre mio.

Morton. Oh! sí, la salvaremos.

ESCENA V.

DICHOS. LADY MELTON. RUFFI. UN OFICIAL.

Ruffi. Milord! aqui os traen una orden de vuestro embajador.

Morton. (*Leyendo.*) "Milord, asi que recibais la presente saldreis de la rada de Nápoles, dándoos á la vela para Malta, en donde aguardareis órdenes superiores."

Lady. Y eso al momento!

Morton. Ah! milady, siempre vos...

Lady. Os eugañais, milord; no soy yo la causa de que el general Bonaparte haya desembarcado en Egipto.

Morton. Bonaparte! Y voy destinado á combatir contra él? Ah! doy mil gracias á mi fortuna: al menos ese es todo un enemigo... Decid á lord Melton que será cumplida al momento esa orden. (*Al oficial.*)

Jorge. Milord...!

Morton. Ah! pobre Jorge...! Pero tengo aun dos horas que os pertenecen: sígueme! sígueme!

Lady. Ya será tarde. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

LADY MELTON. RUFFI.

Ruffi. Acabo de saber que se trata de salvar á la sentenciada á toda costa; pero todo el regimiento número 3 rodea este palacio; los Lazzarones guardarán las salidas, y vigilarán á Leonor...

Lady. La casualidad nos ha protegido perfectamente alejando de aquí á lord Morton, el único que podia hacer que tuviese buen éxito esa tentativa.

Ruffi. Olvidais á Beltran, milady.

Lady. Leonor ha pedido verle por última gracia; espera sin duda en su poder para salvarse, pero la fortuna de Beltran está ya en su ocaso.

Pueblo. (*Dentro.*) Beltran! Beltran!

Lady. Qué ruido es ese?

Ruffi. Qué significa ese tumulto?

Pueblo. (*Dentro.*) Beltran! Beltran!

Lady. Esos no son gritos de motin.

ESCENA VII.

DICHOS. BELTRAN. LAZZARONES *por el fondo.* Luego LEONOR, del tribunal. Despues ANDRÉS y CATALINA, de la sala de la Madona.

Pueblo. (*Entrando.*) Beltran! Beltran!

Ruffi. Ah! sois vos, general?

Beltran. Ya no soy general! no soy mas que Beltran, el cantor de Sorrento.

Lady. Gran Dios!

Beltran. Marques, habia creido que era general; pero mirad, haced como yo; nada de general, ni de uniforme! Cá! Tonterías...! Baile, baile y canciones... Ea, chicos, ea, una tarantela: muchacha... (*A lady Melton.*) A no ser que vos querais bailar conmigo.

Ruffi. Esa es una insolencia!

Beltran. Vamos, Betty, vamos!

Lady. Este hombre ha perdido la cabeza; no lo estais viendo?

Beltran. Una guitarra! una guitarra!

Andrés. Qué dice? (*Entrando con Catalina.*)

Lady. Ah! bien vengada quedo!

Todos. Andrés!

Catalina. (*Corre á Beltran y retrocede.*)

Beltran. Calla! tú aqui, Catalina...! ven, ven, no tengas miedo!

Catalina. (*Conduce á Andrés adonde está Beltran.*)

Andrés. Vaya! qué es eso? qué hay, Beltran?

Beltran. Nada, padre mio... sino que cuando querais nos volveremos á la granja.

Andrés. Cielos! sin uniforme...! y tu espada? qué has hecho de tu espada victoriosa?

Beltran. Ah! mirad, cuando he visto que espada, charreteras, uniforme, todo, no era mas que un disfraz, una farsa, lo he tirado... lo he tirado... á quien ha querido recogerlo.

Andrés. Y es cierto lo que dice?

Lady. Demasiado cierto, Andrés! y á no ser por vos, acaso... un justo castigo...

Andrés. Oh...!

Beltran. Y ahora, bulla... bulla, algazara, canciones; no es verdad, Catalina?

Andrés. Dios mio!

Todos. Leonor!

Andrés. (*Aparte.*) Leonor! muger, mira adónde le ha conducido su pasion hácia tí.

Leonor. Cielos!

Lady. Habeis deseado ver á Beltran por última vez... señora, ahí le teneis.

Leonor. Es posible!

Lady. Seguidme, marques.

Ruffi. Que se retire toda esa gente... Me fio en vos...

Beltran. Y descuidad... Vete, vete, Catalina. (*Vase por la izquierda.*)

Portero. Vamos! afuera, afuera!

Beltran. Idos! idos...! y dentro de un rato... vosotros... oh! qué tarantela tan infernal vamos á bailar... vereis, vereis...! yo lo arreglaré todo...

Leonor. Se ha olvidado hasta de su amor...?

Beltran. No, Leonor, no! (*Despues de haberse asegurado de que todos se han ido.*)

Leonor. Gran Dios!

Andrés. Qué oigo!

Beltran. Hubieran detenido al general, pero han dejado entrar al pobre Lazzaron, creyéndole loco; y era preciso salvaros.

Andrés. Salvarla!

Leonor. Vana esperanza!

Beltran. Los Lazzarones no han olvidado á su caudillo.

- Andrés.* Y por esta muger querrás armarlos sin duda? Por ella nos engañaste... Hola! venid...!
- Beltran.* Padre, escuchad mis últimas palabras... Estamos solos, Dios nos oye únicamente... Para salvar á Leonor, volveré á encender la guerra si es preciso... Para salvarla, quemaré á Nápoles si es menester.
- Leonor.* Beltran! ah! callaos!
- Andrés.* Oh! bien veo que estás loco!
- Beltran.* Será lo que gustéis; pero haré lo que he dicho.
- Andrés.* Miserable!
- Beltran.* Para salvarla la vida, oidlo bien, no hay crimen que me espante... que sea capaz de detenerme.
- Leonor.* Y si yo no quisiera la vida á ese precio?
- Beltran.* Cómo? vos, Leonor, á quien tan impacientes estan de ver subir al cadalso?
- Leonor.* Beltran, por la libertad de la Italia no he retrocedido ante los horrores de una guerra civil... pero para vivir... para salvarme... quereis que esponga á Nápoles á una sedicion, á la mortandad? Oh! no, Beltran...! mi vida vale tanto en la presencia de Dios como la del último soldado á quien matara vuestro puñal...
- Andrés.* Ya lo oyes... y aunque ella quisiera, no la salvarias, yo te lo juro.
- Beltran.* De veras, eh...? Pues bien! la sangre que no corra por su salvacion, correrá por su venganza.
- Leonor.* Por vengarme! jamas!
- Beltran.* Pues entonces será para vengarme yo! Oh! cuando combatia por ellos, me apellidaron Beltran el Terrible, Beltran el demonio... ahora me llamarán el asesino, el incendiario.
- Andrés.* Te llamarán el parricida, porque espero que antes acabes conmigo.
- Leonor.* Beltran, os empeñais en que muera avergonzándome de haberos amado?
- Beltran.* Señora, la venganza es muy dulce.
- Leonor.* Pero creerán que yo os la he legado; y no habrá uno solo de vuestros crímenes que no caiga sobre mi memoria.
- Andrés.* Y no habrá uno solo que no manche mis canas... Y yo moriré deshonorado?
- Leonor.* Y yo no quiero que infameis mi cadalso!
- Andrés.* Beltran, tú no querrás que yo comparezca ante Dios con el peso de mis faltas y de tus crímenes.

Leonor. Beltran ! Beltran ! escuchad á vuestro padre ; no hareis lo que decís , verdad... ? respondedme , os lo pido de rodillas ; apiadaos de él , ya que no de mí.

Andrés. Responde , desdichado !

Beltran. Y qué es lo que me pedís ? Que renuncie á vuestra salvacion . Y para eso me he armado y he arrojado hasta la maldicion de mi padre ? Y qué quereis vos de mí... ? Que renuncie á mi venganza : bien sabeis que eso es imposible , vos , cuyo rencor persigue á su víctima hasta el pie del patíbulo .

Andrés. Beltran ! Beltran ! qué es lo que dices ? Dios mio ! Dios mio ! Tendrá razon ? se habrá vuelto mi alma ciega para la justicia , como mis ojos para el sol ?

Leonor. Beltran , ved adónde os conduce la sed de venganza , á que el hijo se rebele contra su padre , y reprehenda con dureza al anciano que ha de respetar , y cuyo apoyo debiera de ser .

Andrés. Beltran , te ha hablado siempre esa muger en esos términos ?

Beltran. Siempre , padre , siempre... ! la santa justicia , como la virtud... Ya que tanto os empeñais , os obedeceré , Leonor , no me vengaré , pero por la Madona del Arco , os lo juro , padre , si ella muere , yo tambien moriré !

Leonor. Beltran !

Andrés. Morir tú ! oh ! es imposible... ! es imposible ! no hay medio alguno de salvarla ?

Beltran. Salvarla ! y vos sois quien...

Andrés. Acaso quiero yo perderte... perderte para siempre... !

Beltran. Ah ! padre... ! padre... ! Leonor !

Voces. (Dentro.) Catalina... ! Catalina !

Leonor. Ya es tarde !

Beltran. Al contrario , ahora es la ocasion... Entrad alli , entrad alli , Leonor .

Leonor. En la sala de la Madona ?

Beltran. Alli encontrareis al angel de vuestra salvacion .

Andrés. Ah ! ya comprendo .

Beltran. Venid , padre , venid !

Voces. (Dentro.) Catalina ! Catalina !

ESCENA VIII.

*Salen los LAZZARONES gritando: Catalina! Catalina! Hom-
bres, mugeres y chicos se colocan lo mejor que pueden
para ver salir el pendon de la Madona. Entran tambien
en escena JORGE, LORD MORTON, LADY MELTON y RUFFI.*

Laz. 1.º Ea, ponerse todos bien! que todo el mundo vea...
ya no tardarán en salir... los curas estan ya esperando
en la iglesia.

Laz. 2.º Viva la Madona!

Todos. Viva!

Laz. 1.º Cuánto tardan...!

Laz. 2.º Callarse!

Laz. 3.º Si aun no habrá venido el acompañamiento.

Laz. 4.º Sí señor, que han entrado por la otra puerta.
(*Unos gritan: que salgan! Otros: Callarse! Otros: Vi-
va la Madona! Algazara, bullicio, y mucha animacion
durante toda la escena.*)

Jorge. Padre, y nos será imposible atacar al palacio!

Morton. Ya has visto que han tomado disposiciones.

Lady. Os quedais aqui, Ruffi?

Ruffi. Sí, milady, hasta que haya pasado la Madona.

Lady. Sí, teneis razon, es preciso quedarse; el pueblo agrada
siempre que se respeten sus creencias religiosas... pe-
ro mirad... no habeis reparado poco há que Morton es-
taba ahi fuera dando órdenes á sus oficiales...? y yo he
visto á los marinos al pie de la escalinata del palacio.

Ruffi. Está bien guardado; no hayais miedo; sin embargo...
voy, y vuelvo al momento.

Lady. Y estais bien seguro de que Leonor volvia á su
prision?

Ruffi. Sí, milady... hasta luego.

Jorge. Y Beltran...! y Beltran!

Morton. Confiemos en él: es nuestra única esperanza. (*Óye-
se música.*)

Laz. 1.º Ya vienen...! ya vienen!

Pedro. (*Saliendo y despejando la gente.*) Ea! atrás! atrás!
dejar el paso libre. (*Cañonazo.*)

Lady. Morton, os aguardan vuestros buques.

Morton. Lo sé, milady...! hay tiempo.

Jorge. Padre! Padre...!

Morton. Confianza, Jorge. (*Salen Lazzarones, vestidos todos con caprichosos disfraces; los unos tocando gaitas, tamboriles, &c., y las mugeres panderetas y castañuelas; otros bailan al son de la música y de los coros que otros cantan. Todos llevan sus trages cubiertos de nueces, higos secos, frutas de sartén colgando de cintas; algunos con caras guarnecidas de lo mismo. El pendon de la Madona lo lleva Leonor, cubierta con un velo; Catalina va detras recatándose, tambien con el velo echado. Salen los últimos Beltran y Andrés.*)

CORO.

Virgen pura, inmaculada,
que postrado adora el cielo,
hoy alegre el triste suelo
tu mirar consolador.

De este pueblo, Madre Santa,
oye afable el canto rudo,
y sobre él tiende el escudo
de tu manto protector.

Beltran. No tengais cuidado, padre; los guardias de la prision eran amigos, y no me venderán. Catalina está bien instruida, y al bajar la escalera de palacio, mientras todos estan distraidos con el baile y las canciones, tomará el pendon sin que nadie lo repare.

Andrés. Dios nos proteja, hijo mio!

Pueblo. Viva la Madona...! viva!

CORO.

Tú, al salir, prestas al mundo
nueva vida, luz mas pura,
y al pasar, con tu hermosura
se embellece mas la flor.

Ten piedad, Madre amorosa,
si ofenderte el hombre pudo,
y sobre él tiende el escudo
de tu manto protector.

Morton. Oyes? es la última señal! (*A Jorge.*)

Beltran. Mirad, mirad! (*Leonor alza un poco el velo al pasar.*)

Morton. Jorge, llegó el momento! vamos! (*Vanse.*)

Lady. Déteneos... deteneos... esa muger... (*Repara en ello, y empieza á gritar.*)

Beltran. De rodillas...! de rodillas la inglesa!

Todos. De rodillas la inglesa!

Beltran. Arrodílese la herege!

Todos. Que se arrodille esa herege. (*La procesion acaba de pasar. Vase tambien Beltran.*)

Ruffi. Ah! por fin pude (*Saliendo por la puerta de la Madona.*) penetrar...! Detencos! Deteneos...! la sentenciada ha escapado... y...

Pueblo. Viva la Madona...! viva...! (*Cañonazo.*)

Andrés. Se ha salvado...! y yo, infeliz...! he perdido á mi Beltran...!

Beltran. (*Sale.*) No, padre mio! aqui le teneis... y para siempre!

Andrés. Ah! (*Abrazándole.*) (*Cañonazo.*)

Beltran. A Dios, Leonor, á Dios...! ahora ya podemos irnos á la granja cuando querais; ya puedo volver á trabajar la tierra.

FIN DEL DRAMA.

eto de estado.
as de un coronel.
el Veronés.
de la tempestad.
la improvisada.
no el tapicero.
solterones.
ore mas feo de Francia.
oledana.
r.
go de una madre.
norias del diablo.
sa con dos puertas.
hofetones.
n vedado.
rio.
por interés.
me vuelvo.
n padre.
de Bilbao.
ll.
Paulina.
a de palo.
, viuda y casada.
estante.
de Médicis.
lero de industria.
el el leñador.
de Belle-Isle.
lo.
ico y la huérfana.
o del hambre.
ripto.
llacion de los inocentes.
celosos.
icos del rey de Prusia.
ia de Castro.
bre de bien.
ajada.
eto de familia.
entura de Carlos II.
nera.
ader flamenco.
tario privado.
rna de Alby.
lena.
nobleza.
Perez y Felipe II.
enga sus gravios.
y cobrar el cetro.
años despues.
novicio.
s.
ito.
la ciegucecita.
tarios.
y el encojido.
uecas.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegri.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Alborno.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca!
El domine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillermo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó a vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Hona y p...eche

La estrella de oro.
Los cortcsanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amorios de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Soboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hosteria de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Machel.
No hay mal que por bien n
venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoría.
El capitán de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado :

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

50 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

28 idem del **extrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

<i>Almeria</i>	Gonzalez.	<i>Murcia</i>	Gibert.
<i>Alcoy</i>	Marti Roig.	<i>Oviedo</i>	Longoria,
<i>Alicante</i>	Champourcin.	<i>Orense</i>	Novoa.
<i>Burgos</i>	Arnaiz.	<i>Pamplona</i>	Erasun.
<i>Badajoz</i>	Viuda de Carrillo.	<i>Palencia</i>	Santos.
<i>Barcelona</i>	Piferrer.	<i>Palma</i>	Gelabert.
<i>Bilbao</i>	Garcia.	<i>Santander</i>	Biesgo.
<i>Cádiz</i>	Moraleda.	<i>Salamanca</i>	Oliva.
<i>Córdoba</i>	Berard.	<i>Sevilla</i>	Caro Cataya,
<i>Coruña</i>	Perez.	<i>Santiago</i>	Key Romero.
<i>Granada</i>	Sanz.	<i>San Sebastian</i> ..	Baroja.
<i>Jaen</i>	Orozco.	<i>Vitoria</i>	Ornifugue.
<i>Jerez</i>	Bueno.	<i>Valencia</i>	Navarro.
<i>Leon</i>	Miñon.	<i>Valladolid</i>	Hijos de Rodriguez.
<i>Lugo</i>	Pujol.	<i>Zaragoza</i>	Yagüe.
<i>Málaga</i>	Aguilár.		

En las mismas librerias se venden las obras siguientes :

Figaro: Cuatro tomos en 8.^o marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.

Astronomía de Aragón: un tomo 14.

Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de D. José Zorrilla: diez tomos que se espended sueltos, 160.

— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.

— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.

Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

El libro del pueblo: un tomo, 6.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.

Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo 14